

PUNTO
ROJO



SU DELICADA ESPOSA

keith luger



SU DELICADA ESPOSA

KEITH LUGER

**SU DELICADA
ESPOSA**

**1.^a EDICIÓN
JULIO - 1963**



**EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BUENOS AIRES - BOGOTÁ**

DEPOSITO LEGAL B 12.331 - 1963

PRINTED IN SPAIN -IMPRESO EN ESPAÑA

© KEITH LUGER - 1963

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1963

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

CAPÍTULO PRIMERO

—¿Cuánto dinero nos queda, Alan?

—Tres dólares noventa centavos.

—¿Puedo pedir entonces otro plato de costillas...?

—Ya despachaste media docena de ellas, Tom.

—Es cierto, pero también lo es que llevábamos dos días sin comer.

Adan McKae frisaba en los veintiocho años de edad y era alto, rostro de facciones simpáticas, ojos vivaces, cabello negro. Contrastaba mucho con su amigo Tom Winton, un tipo grandullón, rostro de facciones toscas, enorme musculatura y unos poderosos brazos con unos puños que cuando se ponían en movimiento podían equipararse a martillos pilones.

Una hora antes habían entrado en aquel figón de Brooklyn, después que Tom hubo cobrado ocho dólares que le pagaron por dedicar seis horas de aquel día a trabajar por cuenta de una casa dedicada a transportar pianos.

—¿Cómo te fue, Adan? —preguntó Tom—. Hasta ahora no tuve tiempo de preguntarte.

—Visité a una docena de amigos, pero ninguno de ellos me dio empleo.

—¿Qué clase de amigos son?

—Los corrientes. Los que están dispuestos a hacerte un favor, salvo cuando te encuentras en un apuro. Pero mañana variarán las

cosas porque después de visitar al último amigo me encontré con Barry *Doble Seis*.

—Infiernos, ¿de qué cárcel se escapó?

—Ha cumplido su condena como un caballero. Me contó lo que hizo en la penitenciaría. Ha perfeccionado un truco con los dados.

—No irás a meterte en eso, Adan.

—Me prometió un diez por ciento de las ganancias y sólo tengo que ponerme una visera y unos manguitos en un sótano de la Calle 43... Tú, mientras tanto, darás vueltas por la sala para imponer respeto a la clientela.

—No, Adan. No cuentes conmigo.

—Cobrarás quince dólares por sacar del sótano a todo profesional que intente incorporarse a la partida.

—¿Y si llega un policía?

—Lo consideras como un profesional.

—No me gusta, Adan. No me gusta nada.

Mientras Tom despachaba su segundo plato de costillas de cerdo, un hombre se acercó a la mesa.

—Hola, amigos.

Adan alzó la cara. Era un tipo a quien Adan y Tom no habían visto antes de ahora. Tenía el rostro abotargado, los ojos inyectados en sangre, y a pesar de que se había apoyado en el borde de la mesa, se bamboleaba como mecido por una suave brisa.

—¿Podemos hacer algo por usted? —dijo Adan.

—Sí, y por ello les voy a pagar un buen precio, diez dólares a cada uno.

—No nos diga que tenemos que romperle la cara a alguno de los clientes. No somos peleones.

—No tendrán que hacer nada. Sólo acompañarme.

—¿Adónde?

—A la casa de un tipo.

—¿Sólo por eso nos va a dar diez dólares a cada uno?

—Ustedes permanecerán quietos. Sólo tendrán que estar atentos a lo que se va a decir allí.

—Ya entiendo. Nos va a llevar como testigos.

—Exactamente.

—Todavía no dijo su nombre.

—¿Importa eso?

—Importa.

—Está bien. Soy Ralph Larkin. No les dice nada, ¿verdad?

—No, señor.

Ralph Larkin sonrió con sarcasmo.

—Mi nombre debería ser famoso, ¿lo oye? Todo el mundo debería saber quién soy yo, uno de los hombres más ingeniosos del mundo.

—Enhorabuena, señor Larkin.

—No lo cree, ¿eh? Pues entérese, amigo. Tiene delante a un genio.

Tom Winton seguía comiendo las costillas y no había hecho ningún alto mientras se desarrollaba el diálogo, pero lo había escuchado todo.

—Eh, Adan, dile al tipo que vaya a dormirla... Seguro que mañana se encuentra mejor. Larkin pegó un puñetazo a la mesa.

—He bebido un poco, amigo mío, pero no estoy borracho... No, no lo estoy... ¿Y qué pasa si lo estuviese...? Todos los genios han sido adictos a la bebida o la droga... Yo no puedo ser una excepción... Bueno, decídanse. No puedo esperar. Ya lo saben. Diez dólares por cabeza si vienen conmigo.

—Trato hecho, señor Larkin —dijo Adan.

Larkin cabeceó y se dirigió hacia la puerta con paso inseguro.

Adan se levantó e hizo una señal al mozo para pagar el importe de la comida. Winton saltó de la silla y tomó a su amigo de un brazo.

—Eh, Adan, tengo el presentimiento de que ese tipo nos va a meter en un lío...

—Es posible, pero por veinte dólares valdrá la pena. Ya lo oíste. No tenemos que hacer nada. Sólo aguzar los oídos.

—Pero, no sabemos de qué se trata.

—Muchacho, parece que no te has dado cuenta de las circunstancias. No todos los días se presenta la oportunidad a un par de tipos como nosotros de conocer a un genio.

Adan dejó a Tom con la boca abierta y siguió a Ralph Larkin que ya había salido del restaurante.

Tom tuvo que galopar para alcanzarlos en la calle.

Ralph Larkin señaló un coche modelo de cuatro años atrás.

—Ésta es mi lancha, compañeros. Una tremenda injusticia, porque yo debía de tener un «Cadillac» de esos que se construyen por encargo... Pero muy pronto lo tendré... Sí, señor, lo tendré con ayuda de ustedes.

Dio la vuelta al motor para meterse en el coche.

Tom Winton aprovechó el momento para decir en voz baja a McKae:

—Eh, Adan, ¿y si lo que pretende este tipo es asaltar un Banco...?

—Descuida, nos atraparían antes de entrar.

Corrieron a una velocidad por encima de la autorizada y, a cada curva, los neumáticos chirriaban siniestramente.

—¡Eh, usted! —gritó Winton—. No querrá que por veinte dólares visitemos la Morgue. La respuesta de Larkin fue hundir el pie en el pedal del acelerador.

Finalmente, llegaron a su destino.

Larkin frenó con brusquedad y los dos amigos salieron lanzados hacia adelante.

Cuando Tom fue a protestar de nuevo, Larkin ya había salido del coche y estaba gritando desde la acera:

—Animo, amigos. Han de cumplir su misión.

Entraron en un lujoso edificio de apartamentos y viajaron en el ascensor hasta la tercera planta.

Cruzaron un corredor donde había macetas con palmeras.

Larkin apretó el timbre de la puerta señalada con el número 63.

Les abrió una joven que provocó en Adan una súbita admiración. La chica era rubia, tendría unos veintitrés años y poseía una bonita

cara, un cuerpo maravilloso y una mirada capaz de levantar de la cama a un convaleciente. Se cubría con un pijama chino, y calzaba zapatos de tacones altos.

—Soy Ralph Larkin. Vengo a hablar con Axel Stone.

—Cuánto lo siento, señor Larkin —repuso la monería—. El señor Stone no está.

—¿Dónde lo puedo encontrar?

—Salió de viaje.

—¿Adónde?

—A Las Vegas.

Adan le señaló la boca.

—Se le corrió el carmín y apuesto a que sé dónde está el trozo de pintura que le falta. Se coló en el apartamento antes de que la rubia se lo pudiese impedir.

—¡Eh, usted! —gritó ella—. No puede entrar.

Larkin y Tom Winton entraron también.

La rubia los miró a todos con los puños apretados.

—Si no se marchan ahora mismo, llamaré a la policía. Esto es una violación de domicilio.

—No grite tanto, nena —repuso Adan—. Me hacen daño los oídos.

—Usted es un caradura.

—¿Cómo me conoció?

—Los distingo a cuatro millas de distancia.

En aquel momento se abrió una puerta y apareció un hombre de unos cincuenta años, sienes plateadas y bigote bien recortado. Se cubría con pantalón negro de *smoking*, batín, camisa blanca y corbata de lazo y sostenía con su mano derecha una copa con un líquido ambarino. Adan le sonrió señalándole a la boca. Ahí está el *rouge* que le falta a la chica.

—Con que se había ido a Las Vegas, ¿eh? —dijo Larkin.

—Tenga un poco de calma, amigo —repuso el hombre de las tientes plateadas.

—No soy su amigo, señor Stone.

Axel Stone era un tipo muy elegante y no perdió la sonrisa que afloraba a sus labios.

—No conozco a estos caballeros, señor Larkin.

—Tampoco le importa conocerlos. Vinieron para hacerme compañía. Para que oyesen lo que le tengo que decir.

—Muy bien, si va a hablar, será mejor que nos pongamos cómodos. ¿No le parece, señor Larkin...? Hilda, ¿quieres preparar unas copas para nuestros invitados?

—¡No quiero beber! —exclamó Larkin.

—Yo sí —repuso Adan—. Y también mi amigo Tom abrevará con mucho gusto. Tom sonrió de oreja a oreja mientras se frotaba las manos.

—¿No dan algo de comer?

—Claro que sí, amigo —repuso el elegante Stone—. Anda, Hilda, llévatelos a la cocina y sírveles caviar y champaña.

Tom Winton abrió unos ojos como platos.

—¿Caviar y champaña...? Eh, Adan, no lo probamos desde aquella vez que nos colamos en la fiesta de aquel tipo podrido de dinero.

La hermosa Hilda se dirigió hacia la cocina con un suave contoneo de caderas.

—Sigamos la flecha —dijo Adan McKae yendo tras ella, y Tom se apresuró a seguirle.

—¡Eh, ustedes! —gritó Larkin—. No han venido aquí a comer ni a beber.

—¿A qué hemos venido? —preguntó Tom.

—A oír.

—Oiremos mejor con el estómago lleno.

—Demonios, le vi comerse casi un puerco entero en el restaurante.

—Pero ya hice la digestión —dijo Tom Winton y se metió en la cocina tras la muchacha. Adan varió el rumbo dirigiéndose a un mueble bar. Consultó las etiquetas de las botellas y se decidió por una de vodka.

Axel Stone ocupó un sillón y cruzó las piernas.

Larkin estaba cada vez más nervioso y miraba perplejo a McKae.

—Eh, oiga, está a mis órdenes... Yo soy el patrón, recuérdelo...
No les pagué para eso...

—Estoy dispuesto a escuchar —repuso McKae mientras se escanciaba en un vaso—. Abra la espita ya, señor Larkin.

Ralph Larkin respiró profundamente y alargó un brazo señalando con el dedo a Axel Stone.

—Usted es un ladrón, Stone.

McKae iba a beber un trago de vodka, pero se interrumpió mirando a Stone. Éste no había perdido la serenidad, a pesar de la grave acusación de que había sido objeto por parte de Larkin.

CAPÍTULO II

—Quiero hacerle un ruego, señor Larkin —dijo Stone con voz suave como el terciopelo—. Usted está un poco excitado. Celebró alguna fiesta y cargó un poco más de la cuenta. Le hago una proposición. Váyase a casa con sus amigos y mañana nos veremos a las once en mi club.

—No, Stone. No voy a hacer tal cosa. Tenía ganas de echármelo a la cara y no demoraré más tiempo lo que tengo que decirle. Me ha robado... Me ha robado ignominiosamente... ¡Confiéselo...!

Stone bebió un trago del líquido ambarino y alargó el brazo para dejar la copa sobre la mesa ratona. Cabeceó sonriendo.

—Por fortuna estoy acostumbrado a oír cosas peores, señor Larkin.

—Usted es un cínico.

—Continúe si eso le alivia, señor Larkin.

—Me robó mi comedia... Hace seis meses me confié a usted. Le entregué el manuscrito de *El suelo no está seco*... Usted dijo que la leería... Le llamé muchas veces por teléfono para conocer su opinión acerca de ella y usted siempre contestó lo mismo. No había tenido tiempo para leerla. Luego se marchó a Europa y sólo regresó la semana pasada para asistir al extremo de su decimocuarta producción. *Su delicada esposa*... Ha sido un éxito clamoroso de público y de crítica. Usted ha vuelto a triunfar, señor Stone, pero esta vez ha triunfado con una obra que es mía... *Su delicada esposa es El suelo no está seco*...

—Señor Larkin, la inspiración es un misterio... Las mismas personas en distintos países piensan las mismas cosas. Por eso, el arte de crear resulta tan maravilloso...

—Déjese de cuentos. Su obra es exactamente igual a la mía desde el principio al fin, los mismos personajes, las mismas frases... Tengo una copia de mi manuscrito en mi casa, señor Stone, y estoy dispuesto a demostrar ante un tribunal que lo que usted ha hecho es una indecencia...

—Pero, señor Larkin, usted no está hablando en serio.

—Ya puede estar seguro de que sí.

Stone sonrió quitándose una hipotética mota de polvo de la manga. Con aire indolente dijo:

—Usted no podría probar eso.

—Claro que podré. Y es lo que voy a hacer.

—Oh, no, señor Larkin. Usted olvida que existe un registro...

—¿Y qué?

—¿Registró usted su obra?

El rostro de Larkin empezó a palidecer. Sus labios se estremecieron.

—Soy un novel que todavía no ha estrenado, señor Stone. No, no registré mi obra.

—Ante los tribunales lo que cuenta es la prueba documental, señor Larkin.

—Ya le entiendo. Todo lo preparó muy bien... Ha sido un robo perfecto...

—Disculpe, señor Larkin, pero no estoy admitiendo que yo haya copiado su comedia. Sólo me limito a ponerle al corriente de nuestros procedimientos judiciales.

—Está todo claro. Usted se lleva la gloria y el dinero a costa de una obra mía. Usted, señor Stone, estaba acabado... Muchos críticos lo habían hecho. Sus tres últimos estrenos habían sido otros tantos fracasos. Necesitaba una obra porque estaba a punto de hundirse en el hoyo, y se la sacó de la manga... Pero no fue una obra suya, sino la mía... *El sucio no está seco.*

Stone se miró las añas de la mano derecha.

—¿Ya ha terminado, señor Larkin...? Le agradecería mucho que no dejase... Ah, y de paso se lleva a sus amigos... La señorita Flynn y yo nos disponíamos a salir cuando ustedes llegaron.

—Cree que se va a salir con la suya, ¿eh, Stone?

—Por favor, señor Larkin...

—Usted es un hombre de una educación exquisita. Lo que ha hecho no tiene importancia... Piensa que soy un desgraciado. Que no le puedo hacer ningún daño... Le voy a demostrar que se equivoca, señor Stone.

—¿Cómo?

—Matándole.

Larkin metió la mano en el bolsillo y la sacó esgrimiendo una navaja de resorte, el cual hizo funcionar con rapidez.

Stone seguía inmóvil en el sillón.

Adan abrió la mano con la que sostenía el vaso de vodka y echó a correr. Larkin levantó el brazo sobre Stone, a quien el terror había paralizado.

La mano con el cuchillo empezó a bajar, pero en ese momento llegó Adan, la atrapó por la muñeca y dio un tirón.

Larkin se derrumbó.

Adan se agachó sobre la alfombra y alcanzó la navaja de resorte. Miró a Stone, cuya cara estaba blanca como el yeso.

Larkin empezó a incorporarse. Quedó sentado en el suelo y de pronto se echó a llorar escondiendo la cara entre las manos.

—¿Por qué no me ha dejado que mate a ese miserable?

—La tarifa de diez dólares no incluía presenciar un asesinato. Debió llegar por lo menos a los cincuenta.

Stone sacó un pañuelo que se pasó por la frente.

—Gracias, señor...

—Adan McKae, pero no tiene por qué agradecermelo. De todo lo que dijeron, deduje que Larkin tiene razón y que usted es un vivales como la copa de un pino.

Adan fue hacia la cocina y se asomó por el hueco. Tom estaba sentado ante una mesa y tenía delante unos cuantos platos vacíos. Estaba atacando el quinto que contenía un flan.

Hilda parecía asombrada, apoyada en la pared, con los brazos cruzados, mirando al grandullón. Al parecer, ninguno de los dos se había dado cuenta del drama ocurrido en el *living*.

—Vámonos ya, Tom —dijo Adan—. Acabó nuestro trabajo.

—Espera que termine el flan. La rubia miró a Adan.

—¿Come todos los días así...?

—Sólo cuando le resulta gratis.

—Usted no ha despachado nada. ¿No gusta alguna cosa...?

—Bueno —dijo Adan y atrapando a la joven por la cintura la besó en la boca. Cuando la dejó libre, Hilda se tambaleó.

—¿Cuál es su sistema, bruto?

—El de la doble A.

—¿Doble A?

—Agárrala y apriétala.

De pronto se oyó un portazo. Adan salió de la cocina.

Alex Stone continuaba en el sillón, mirando a un punto fijo del suelo.

—¡Larkin! —gritó Adan y echó a correr.

Pero cuando salió del apartamento, Ralph ya no estaba en el corredor. Bajó por la escalera y salió a la calle.

Justo, en ese momento, el coche de Larkin emprendía la marcha.

—¡Eh, Larkin! ¡Espere...! ¡No nos pagó!

Pero el automóvil se alejó a velocidad creciente.

Adan soltó una maldición. Oyó pasos a su espalda y vio aparecer a su amigo, el cual sonreía feliz.

—Fue un buen banquete y encima ganamos veinte dólares, Adan... ¿Por qué no habrá más primos en el mundo?

—Tú, al menos, comiste algo y esto fue lo que ganaste.

—¿Eh?

—Larkin se largó sin abonar el servicio. Tom hizo una mueca.

—Maldita sea... Tú mismo dijiste que en este perro mundo había que cobrar por adelantado.

Adan sacó el pañuelo y se limpió la boca. Mirando la marca de *rouge* que usaba la hermosa Hilda Flynn, dijo:

—Lo tendré en cuenta para la próxima vez que me tropiece con una rubia como ella... Echaron a andar por la acera.

—¿Qué hacemos ahora, Adan?

—Seguimos con el mismo dinero que antes.

—Bueno, al menos tenemos para pagar dos camas. —Tom Winton largó un bostezo.

—No vamos a dormir todavía. Te llevaré a un espectáculo.

—Ya entiendo. Vamos al cine Odeon. Nuestro amigo Jeffy está allí de portero. Nos dejará entrar y hasta puede que nos ofrezca un cigarrillo... Vi la cartelera hace un par de días y te lo quise decir, pero se me olvidó... Hacen una de las que a mí me gustan, *Carroña en el valle*. Jeffy me dijo que hay sesenta y dos muertos.

—¿Algún herido grave?

—No lo sé —repuso Tom y de pronto lanzó una carcajada—. Era un chiste...

Al cabo de un rato, Adan se detuvo ante un local cuyo vestíbulo estaba lleno de luces y en donde se agolpaba la gente para entrar.

—Eh, Adan, éste no es el cine Odeon.

—No. Es el teatro Empire y aquí ofrecen el espectáculo que yo quiero ver.

—Ya entiendo, *streap-tease*.

—No, muchacho, *Su delicada esposa*.

—¡Una revista musical...! ¡Me gustan las revistas musicales! Una vez vi un coro de rubias en Apollodoro, Ohio. ¡Mi madre, la que se armó cuando atrapé el tobillo de la primera *vedette*...!

—Aprisa, muchacho —dijo Adan.

—Eh, chico, te olvidaste de comprar las entradas.

—Silencio, Tom.

Adan fue detrás del público que se dirigía al empleado encargado de cortar las localidades.

—Hola, muchacho —dijo Adan pegándole una palmada en el brazo—. ¿Está por ahí Axel?

—¿Qué Axel?

—Axel Stone, el autor. Nos pidió que viniésemos.

—Todavía no llegó. Tendrán que esperar... fuera. Pero Adan ya había entrado y Tom fue detrás de él.

—Eh, ustedes, enseñen sus localidades —exigió el portero.

—Axel las lleva —repuso Adan—. El las dará al llegar. Y no me grite o perderá su empleo.

Adan dio un empujón a Tom enviándole hacia el patio de butacas.

El empleado empezó a titubear y, cuando fue a emitir una nueva protesta, ya Adan y Tom habían desaparecido.

El espectáculo todavía no se había iniciado. Ocuparon dos butacas de la última fila.

—Eh, Adan, esto no me gusta —gruñó Tom—. Toda esta gente tiene mucho dinero.

—Estás con la crema.

—Prefiero la que me sirve Chang en su restaurante de la Calle 62.

El patio de butacas se estaba llenando rápidamente. Una bonita acomodadora se detuvo junto a Adan y Tom.

—Perdón, caballeros, pero éstas no son sus localidades.

—Si usted lo dice... se las dejaré por lo mona que es.

En aquel momento, Adan descubrió a Axel Stone, que estaba acompañado por la rubia Hilda. Estaban entrando en un palco.

—Adan, nos echarán de todas partes —se quejó Tom.

—Sígueme. Iremos a un sitio de donde no nos echarán.

Tom trotó tras de su amigo y poco después entraban en el palco. Los dos ocupantes, Axel Stone e Hilda Flynn, volvieron la cabeza.

—Hola, amigos —saludó alegremente Adan—. ¿Verdad que el mundo es un pañuelo...?

La joven se cubría con un vestido de noche muy escotado, la espalda desnuda.

—¿Se va después a la piscina, nena? —dijo Adan—. Resérveme un *slip* y bracearé con usted.

La joven rió el chiste, pero no así Axel.

—¿Cómo han llegado hasta aquí?

—Simple curiosidad, señor Stone. Quise conocer la obra de Ralph.

Axel entornó los ojos.

—¿Piensa acaso que él sostiene la verdad?

—Ya le dije que sí.

—No sé si conocerá mi producción anterior, señor McKae, pero siéntese ahí y escuche lo que va a ocurrir en el escenario. Luego pregúntese si un hombre como Larkin posee el ingenio suficiente para escribir unos diálogos como los que llegaran a sus oídos.

—Invitación aceptada, Stone.

Los dos amigos ocuparon sendas sillas.

CAPÍTULO III

La obra se inició. La acción transcurría en un hotel de Nápoles. Un matrimonio americano en vacaciones llegaba a la bella tierra italiana. Empezaban los chistes. El público reía en las butacas y los actores tenían que hacer laboriosas pausas para dar oportunidad a que el chisporroteo de las frases no se perdiese. Todo era espontáneo, fluido, y el diálogo entero estaba impregnado de una eficaz ironía.

Cuando acabó el primer acto, el público ovacionó largamente a los actores. Axel Stone se volvió.

—¿Qué le ha parecido, McKae?

—Muy bueno, pero conozco algunas obras de su producción anterior y, si mal no recuerdo, usted escribía comedias dramáticas. Esto es pura comicidad.

—Hace años que se inició un cambio... Es la vida, McKae. Nunca podemos seguir siendo los mismos.

—¿Dónde escribió *Su delicada esposa*?

—En Italia. En el hotel Cappello, de Nápoles, habitación 118. Puede hacer la comprobación cuando guste. Estuve allí dos meses... Sudé sangre, pero creo que valió la pena.

—¿Qué hizo con la obra de Larkin *El suelo no está seco*?

—Oiga, amigo, cuando un comediógrafo llega a ser famoso, es raro el día que no le entregan en mano o le llega por correo alguna obra de teatro. Al principio leía esos mamotretos y escribía a los interesados alentándoles a proseguir en el camino del teatro... Para

hipocresía, señor McKae, pero a veces eso es necesario porque consideraba terriblemente cruel decepcionar a los escritores que empiezan. Pero luego cambié de opinión. ¿Por qué tenía que alentar a unos individuos que estaban tan bien dónde estaban? Le voy a informar de algo. No he leído una obra de un escritor novel desde hace más de cinco años. Oh, sí, desde luego he aceptado todas las que me entregaron, pero luego me he valido de excusas para quitármelas de encima. Algunos resultan difíciles de espantar, pero siempre terminan por dejarle a uno en paz.

—Larkin dice que le entregó su obra.

—¿Cree que me puedo acordar de eso?

—Bueno, la debe tener en su casa. Axel rió.

—Si yo conservase los manuscritos que los noveles me envían, necesitaría los archivos del Departamento de Estado... Oh, no, señor McKae, cada dos o tres meses reúno los manuscritos que los noveles me han enviado y los quemo en el hogar. Le aseguro que es un combustible de primera calidad.

—Y naturalmente, la obra de Larkin habrá corrido la misma suerte.

—Quiero que lo sepa todo. Ayer recibí una llamada telefónica de Larkin. Yo no me acordaba siquiera de su nombre... Empezó a insultarme. La noche anterior había visto mi comedia en este teatro... Hizo por primera vez las acusaciones que usted ha escuchado en el apartamento de la señorita Flynn. Le dije que estaba loco. *Su delicada esposa* era una obra mía, absolutamente genuina, y le aseguré que yo no tenía la menor idea acerca de ese manuscrito suyo... ¿Cómo se llama...? *El suelo está mojado...*

—*El suelo no está seco.*

—Da lo mismo. Lo cierto es que puedo garantizarle que yo no había leído la obra del señor Larkin... Así se lo hice ver, pero ¿sabe cuál fue su respuesta? Me dijo que en el término de veinticuatro horas yo debía retirar mi obra del cartel y enviar una carta a la Prensa confesando que la obra era suya, de Larkin. Le contesté que no haría tal cosa y que, si volvía a molestarme, le denunciaría a la

policía. Esta mañana, Larkin se presentó en mi casa. Insistió en su petición y le amenacé de nuevo con llamar a la policía. Entonces me dejó en paz. Bueno, la siguiente visita ha sido la de esta noche cuando se presentó en compañía de ustedes.

—¿No le parece demasiada insistencia para un hombre que no tiene razón?

Axel enarcó las cejas.

—Eso sólo prueba que ese hombre no está en su sano juicio. Y para demostrarle mi buena fe, estoy dispuesto a pagarle los servicios de un psiquiatra.

Adan no dijo nada y Axel se levantó.

—Perdona, Hilda, pero esta situación me ha puesto muy nervioso... Necesito tomar un poco el aire.

—Iré contigo.

—Oh, no, de ninguna manera... Te prometí traerte para que vieses la obra y quiero conocer tu opinión. Quédate con estos amigos y yo volveré para el final de la función.

—Como tú quieras, Axel.

Axel hizo un saludo y salió del palco.

Adan se sentó junto a Hilda y tuvo oportunidad de comprobar que el vestido de noche era tan escotado por delante como por atrás. Sacó medio dólar y se lo alargó a Tom.

—Anda, toma y vete a comprar garrapiñadas.

—Te iba a proponer que me dejases salir, Adan —dijo Tom, que no se había reído en todo el primer acto—. No comprendo a esta gente. Dicen cosas muy raras.

Aceptó el medio dólar y salió del palco. Cuando quedaron a solas, la joven preguntó:

—¿A qué te dedicas, Adan?

—A meterme en los asuntos de los demás.

—¿Y te va bien?

—Aún tenso un par de dólares en el bolsillo.

—Lo suponía.

—Pero muy pronto llegaré al filón.

—Tampoco es la primera vez que lo oigo.

—Eres una chica con mucha experiencia.

—Sí, Adan. Para mí también hubo tiempos malos en que ni siquiera tenía dos dólares en el bolsillo. Pero ahora todo va a ser distinto. Tendré todo lo que había deseado.

—¿Te lo proporcionará Axel?

—Seguro.

—Es una pena que él ya esté casado, ¿verdad, Hilda? Recuerdo haber leído ese detalle en un diario.

Los ojos de la joven centellearon.

—Se divorciará.

—¿Te lo ha prometido él?

—Sí, y sé que cumplirá.

—Tengo entendido que ella fue una famosa actriz.

—Marta Beckman, aunque ahora es la señora Stone, pero le queda muy poco tiempo para presumir de eso. Un par de semanas a lo sumo.

—De modo que sonarán las campanas y caerá una lluvia de arroz sobre esa linda cabecita rubia.

—Me prometí a mí misma que algún día lo conseguiría y ya está al alcance de mi mano.

—¿Estás enamorada de Axel?

—Es un hombre maravilloso.

—Te pregunto si estás enamorada.

—Adan, no me decepciones.

Varias cabezas se volvieron para que los dos jóvenes de palco guardasen silencio.

El segundo acto había comenzado. Aunque parecía imposible, resultó mejor que el primero. Las carcajadas se sucedieron durante cuarenta minutos.

Mientras la gente aplaudía a los actores, Adan preguntó:

—¿Qué sabes del asunto, Hilda?

—¿Te refieres a todo ese jaleo de la comedia?

—Desde luego.

—¿Pero has creído a Larkin, Adan? Naturalmente, esta obra la escribió Axel.

—¿Viste tú como la escribía?

—Oh, no, Axel trabaja solo.

—¿Estuviste con él en Europa?

—Sí.

—Y os alojasteis en el hotel Cappello, de Nápoles.

—Fueron unos días maravillosos, pero debo aclararte un error. No compartíamos la misma habitación. La mía tenía una terraza maravillosa desde la que se veía el mar. Era un sueño.

—¿Y dónde estaba Axel?

—El tenía la de al lado. Yo no debía molestarle durante nuestra estancia para que gozase de una libertad absoluta.

—¿Cuánto tiempo estuvisteis en ese hotel?

—Dos semanas.

—¿Y luego?

—Fuimos a Roma, a París, a Londres... Durante toda mi vida soñé con poseer las cosas que Axel me ha dado.

—¿Dónde vive Larkin?

—¿Cómo quieres que lo sepa? No se lo pregunté ni me interesa. Pero oí decirle que trabaja en la agencia de publicidad de Ed Sharpe.

El tercer acto empezó con menos fuerza que los anteriores, pero enseguida las frases ingeniosas empezaron a surgir en boca de los personajes y, desde ese momento hasta el final, el público rió sin pausa.

Cuando la comedia hubo terminado, una ensordecedora ovación estalló en el teatro. Los jóvenes salieron del palco. En el vestíbulo se les unió Tom.

—Eh, Adam, ¿adónde vamos ahora?

—Tendremos que acompañar a la señorita Flynn a su apartamento. Hilda miró a su alrededor en busca de Axel Stone.

—Axel nunca falta a su palabra. Si dijo que llegaría al final de la obra, no debe de tardar mucho.

Como si la hubiese oído, Axel entró en el teatro y se dirigió sonriente hacia ellos.

—Perdona, Hilda, pero se me ocurrió entrar en el bar de Lorigan y me encontré con un crítico, Jonathan Mitchell... Hemos estado charlando... ¿Le gustó la obra, Adan?

—Magnífica... Le felicito. No soy un profesional del teatro. Dígame, ¿cuánto tiempo calcula que estará en cartel?

—Los más pesimistas dicen que un par de años, pero hay quien asegura que batirá el récord de *My fair lady*.

—Quisiera hablar con Larkin. ¿Me quiere decir su domicilio?

—No lo sé.

—Fue un placer conocerlos.

—Eh, no se vayan. Vamos a una fiesta, vengan con nosotros... La da mi empresario, Harry Moody, en el hotel Skyway.

—No, gracias, señor Stone. Tom y yo tenemos que hacer. Hasta la vista.

Los dos amigos salieron del teatro y, apenas estuvieron en la acera, Tom dijo:

—Demonios, Adan, ¿por qué no aceptaste la invitación...? En esas fiestas hay comida, bebida y mujeres... ¡Y todo gratis!

—Necesito ver a Larkin.

—¿Para qué?

—Quiero comprobar de una vez por todas cuál de los dos dice la verdad con respecto a esa comedia.

—¿Qué te importa a ti, Adan?

—Ganó mi interés.

—¿Hilda?

—No seas tonto. Ya sabes que sé mantenerme lejos de las mujeres.

—¿Desde cuándo, Adan?

Adan le pegó una palmada en la espalda.

—Hilda está demasiado ilusionada con Stone. Es el hombre que le comprará el abrigo de visón. Por nada del mundo se fugaría conmigo.

—Eso ocurrirá mientras no empieces a demostrarle tu táctica. Entonces ella mandará al diablo al señor Stone y a su dinero... A propósito, dices que quieres ver a Larkin, pero no sabes dónde encontrarle.

Adan vio el anuncio del bar Lorigan al que Adan se había referido y, tomando a su amigo del brazo, pasaron al interior.

Bastaba echar un vistazo a la clientela para saber que se componía de gente de teatro. Adan se acercó al mostrador y, cuando un mozo de cabello muy corto se acercó para atenderle, le dijo:

—Busco al señor Larkin, el escritor.

—Estuvo aquí, pero ya se marchó. Adan le dio las gracias.

—Espera aquí, Tom.

Adan se introdujo en la cabina telefónica y, tras consultar en la guía disco el número de la agencia de publicidad Sharpe.

Le contestó una voz ronca.

—¿Sí?

—Oiga, ¿está por ahí Ralph Larkin?

—El señor Larkin no apareció en dos días por aquí y no sabemos nada de él.

—Quizá esté enfermo. ¿Me puede decir su dirección?

—¿Quién llama?

—Un viejo amigo de Larkin, Adan McKae.

—Espere un momento.

Al cabo de un par de minutos, la voz ronca dijo:

—Calle 164, Oeste, número 84, apartamento 32. Adan le dio las gracias y colgó.

Salió de la cabina e hizo una señal a Winton para que le siguiese. Cuando estuvieron en la calle, Tom largó un bostezo.

—¿Nos vamos a dormir?

—Todavía no, Tom. Tengo el domicilio de Larkin —hizo una señal a un taxi.

—Eh, Adan, ¿qué vas a hacer?

—Invertir dinero en este viaje. Nos resarciremos con Larkin. Recuerda que nos debe veinte dólares.

—Infiernos, es cierto... ¿Cómo lo he podido olvidar?

—Porque tienes el estómago lleno.

El taxi les condujo hasta el edificio donde vivía Larkin.

Subieron hasta la cuarta planta en un crujiente ascensor y Adan apretó el timbre del apartamento 32.

Del interior no le llegó ningún ruido. Adan manejó el picaporte.

La puerta no estaba cerrada con llave, de modo que abrió a la primera. Larkin estaba tendido en un diván, vuelto de espaldas.

—Se quedó dormido —dijo Tom.

Adan se acercó a Ralph y le puso la mano en el hombro zarandeándole.

—Eh, amigo, despierte.

El cuerpo de Larkin se venció hacia adelante y habría caído al suelo si Adan no lo hubiese sostenido.

Larkin tenía los ojos abiertos, pero su mirada estaba fija en el techo, una mirada vidriosa, las fauces abiertas, por entre cuyos dientes asomaba un trozo de lengua. Le habían estrangulado con un trozo de sedal de los que se utilizaban para pescar.

CAPÍTULO IV

—¡Cielos! —exclamó Tom—. Está muerto...

—Sí, Tom. Se acabó el teatro para él.

—Larguémonos cuanto antes.

—Espera un momento.

—¿A qué tenemos que esperar, Adan?

—Quiero echar un vistazo.

—Oh, no, Adan. Eso puede resultar peligroso... Nos echarán la culpa a nosotros.

—Serénate, muchacho. No tenemos nada que ver con esto.

—No nos creerá la policía.

Adan echó un vistazo al vestíbulo, pero todo estaba en orden. Valiéndose del pañuelo, abrió una puerta que comunicaba con un dormitorio. En el fondo, sobre una mesa, había una máquina portátil, modelo muy antiguo. Pegada a la pared vio una estantería con capacidad para un centenar de libros. Leyó los lomos. Todos se referían al teatro. Allí estaban Shakespeare, Moliere, Calderón de la Barca, Esquilo y otros, así como ensayos sobre infinidad de temas referentes al arte de Talía.

Abrió un armario y vio en el fondo media docena de manuscritos. Leyó sus títulos. *El grito de Penélope*, *Electra lo prefería sin soda*, *Fausto Smith*. Los demás eran copias de los anteriores. Todos ellos estaban firmados por Ralph Larkin. Pero allí no estaba *El suelo no está seco*.

Abrió otros cajones. En ellos encontró camisas y ropa interior.

Daba la impresión de que nadie había revuelto por ningún lado.

Oyó un tintineo de cristal y regresó al vestíbulo. Tom salió de la cocina con un vaso de *whisky*.

—Deja eso, Tom.

—Encontré la botella en el frigorífico y a él no le envenenaron. Le dieron el pasaporte como si fuese una trucha.

—Habrás dejado tus huellas dactilares en todas partes.

—Limpié las de la botella y luego limpiaré el vaso.

Adan entró en la cocina, pero, al igual que el resto de las habitaciones, todo parecía estar en su sitio. Ralph Larkin había sido muy pulcro en vida y quizá también lo fuese el asesino.

Volvió junto al cadáver y le extrajo la cartera del bolsillo de la chaqueta.

Sacó un fajo de billetes, unos ochenta dólares.

—Eso está bien —dijo Tom—. Quédate con el dinero.

—Sólo nos debía veinte dólares —dijo Adan y apartó tres billetes de a cinco y cinco de a dólar que guardó en el bolsillo. El resto lo devolvió a la cartera.

Encontró la tarjeta del seguro. En ella se hacía constar que Ralph Larkin estaba empleado en la agencia de publicidad de Ed Sharpe. Prestó atención a una fotografía en la que aparecía Larkin junto a una joven de gran belleza. Había sido tomada en Atlantic City. Encontró también una carta en que un famoso director de teatro de Broadway, Bernard Cooley, decía:

«Mi estimado señor Larkin: He leído con atención su obra *El demonio y cuatro ángeles más*, la cual me ha gustado particularmente, pero siento decirle que no podrá llevarla a escena mientras sea usted un desconocido. Es una obra demasiado buena para el índice medio de inteligencia que ostentan nuestros hombres de teatro. Sinceramente, le aconsejo

empiece por escribir comedias que estén al nivel de la estupidez humana. Cordialmente».

Adan guardó la carta en el bolsillo devolviendo a continuación la cartera a la chaqueta del muerto.

De pronto sonó el timbre de la puerta y Tom Winton lanzó un grito.

—¡Adan, la policía...!

—No se oyó la sirena.

—Alguien les informó del asesinato.

—Habrían abierto sin tocar el timbre.

En aquel momento la puerta se abrió dando paso a una joven de cabello negro que se cubría con un batín. Tenía cara vivaz y sonreía mostrando un hoyuelo en cada mejilla. Tenía una taza en la diestra.

—Buenas noches, amigos —saludó alegremente—. No se moleste, Ralph, puede continuar cómodo... Sólo me llegué por un poco de azúcar. —Hizo un saludo con la cabeza a los perplejos Tom y Adan y se dirigió a la cocina.

Tom parecía haberse convertido en una estatua.

Adan sacó dos cigarrillos. Encendió ambos y corrió hacia Larkin poniéndole uno en la boca.

—Compórtate con naturalidad, Tom.

—¿Crees que puedo...? Me tiemblan las piernas.

La joven salió de la cocina con su taza de azúcar y de pronto se detuvo mirando alternativamente a Tom y Adan.

—Creo que no nos conocemos... Oh, no hace falta que se moleste, Ralph, yo misma me presentaré. Soy Viola Gurley, la vecina de Ralph... Celebro mucho conocerles, grandullón.

Alargó la mano hacia Winton, el cual no tenía fuerzas para levantarla, y tuvo que ser Adan quien se adelantase para cambiar el apretón.

—Somos amigos de Ralph. Nos llegamos aquí para hablar de nuestras cosas...

—¿La publicidad o el teatro?

—El teatro.

La joven chascó los dedos.

—Claro que sí, ¿cómo no lo recordé antes? —señaló a Tom Winton—. Yo le he visto a usted en un escenario... Hacía el bandido en *Te mataré mañana*. Fue hace seis meses. Ralph me regaló una entrada... Estaba usted muy bien, señor Winton, especialmente cuando antes de meterle en la cámara de gas, le dejan libre y se tambalea...

Winton empezó a tambalearse y la joven enarcó las cejas.

—Mírelo, señorita Gurley —dijo Adan—, está haciendo la representación para usted...

—Me ahogo —dijo Tom y se despasó el botón del cuello.

—¡Dios mío...! —exclamó la joven con entusiasmo—. ¡Qué arte...!

Tom retrocedió, y al golpear contra el diván estuvo a punto de caer. Pero resultó mucho peor que intentase mantener el equilibrio. Atrapó del brazo a Larkin y tiró de él arrojándole al suelo.

—¡No! —gritó Tom.

Naturalmente, Larkin había quedado inmóvil sobre la alfombra. La señorita Gurley le señaló con el dedo.

—De modo que otra vez la ha vuelto a atrapar... Este Ralph no tiene remedio, y eso que le conté lo que le pasó a mi tía Lou... No hacía más que beber *whisky*... Hasta que un día el hígado no lo pudo resistir más y explotó... Pero yo tengo un remedio para eso... Pónganlo en el diván y verán cómo le despierto enseguida.

—Deje ese trabajo para nosotros —sonrió Adan.

—Oh, no, de ninguna manera... Soy una buena vecina, ¿saben...? Yo misma le echaré una mano, grandullón. Tómelo usted por el cuello.

La joven se movió muy aprisa. Dejó su taza de azúcar sobre la mesa ratona y, antes de que Adan lo pudiese impedir, alcanzó a Larkin por las piernas.

Tom estaba con la boca abierta.

—¿Qué le pasa, gigante? —dijo Viola Gurley.

—Vamos, Tom, ayúdala —le alentó Adan.

Tom hizo una mueca, cerró los ojos y se agachó tomando a Larkin por los brazos. Alzaron entre los dos a Larkin y le dejaron en el diván.

Fue entonces cuando Viola pudo ver la cara de Ralph.

—Caramba, parece que le dio un aire... Está igual que mi primo Nick... Se quedó así y tuvieron que darle masaje durante dos semanas, hasta que pudo mover la cara.

Tom gimió por lo bajo.

—Me temo que a este tipo no le moverá ni el mejor masajista.

La joven se acercó a la cabecera y alargó las manos para iniciar ella misma el masaje, pero se quedó con los brazos extendidos observando la cara de Larkin.

—¡Dios mío...! ¡Está muerto!

—Sí, eso parece —asintió Adan.

—¡Estrangulado!

—Justo.

La joven miró a Tom Winton y éste pegó un salto.

—¡Yo no lo hice!

—No me engañará a mí... Es usted un sanguinario. Mató a cuatro mujeres... Y no tenía bastante y ahora ha matado a un hombre.

—Tengo que darle una noticia, señorita Gurley —intervino Adan —. El hombre sanguinario que usted vio en esa obra, *Te mataré mañana*, no es mi amigo Tom Winton.

—No le servirá... Le he identificado.

—Le aseguro que Tom no sabría representar ni el papel del criado que sale para decir:

«La comida está servida».

Tom sacudió la cabeza.

—Soy inocente, señorita Gurley, se lo juro...

—Confiesa entonces que fue su amigo.

—Lo confieso...

—Bravo.

—Oh, no —exclamó Tom—. Adan tampoco lo hizo... alegamos aquí y ya le habían despachado.

—Entonces, si ninguno de ustedes dos lo hizo, ¿quién fue?

—Una pregunta muy interesante, Vicia —repuso Adan—. Yo he respondido por Tom y Tom ha respondido por mí. ¿Quién responde por usted?

—¿Eh?

Tom Winton dio dos pasos rápidos hacia la joven y le apuntó con el dedo.

—Usted le mató... Usted, Viola... Estaba loca por él... Le espiaba a todas horas, se metía en la casa para pedirle aceite, azúcar, sal, vinagre. Trataba por todos los medios de llamar su atención. Le pedía entradas para el teatro, fósforos para prender la llama del fogón, el diario del día para leer la página de historietas cómicas... Pero todo tenía un sentido... Sólo quería conquistarle, o quizá algo mucho peor, casarse con él... Pero él se resistiría... Y usted, viendo que él no picaba el anzuelo, le ahogó con el hilo de la caña.

—¡Oh...! ¡Oh...!

—Ha confesado, Adan... Ha dicho que sí. Ahora siga mi consejo, Viola. Salga de esta casa y lléguese al precinto más próximo... Vámonos, Adan. Caso resuelto.

Tom dio media vuelta y se puso a trotar hacia la puerta. La joven se dirigió a Adan.

—¿Le da todos los días a la misma hora?

—Sólo cuando nos encontramos un cadáver. Tom se volvió junto a la puerta.

—Adan, ¿qué haces aquí...? Nuestro avión sale dentro de media hora para Australia.

—Tranquilízate, Tom. Estamos entre amigos.

—Es posible, pero también hay un fiambre asesinado.

—Estamos metidos en esto hasta el cuello, Tom, y necesitamos aclararlo.

—Oh, no, para eso está la policía.

—La policía nos acusará a nosotros. Tom se desmadejó.

—¿Por qué tuvimos que venir aquí...? ¿Por qué no le perdonamos los veinte dólares? Adan se acercó a la joven.

—Viola, ¿vio hoy a Ralph?

—Sí.

—¿A qué hora?

—Más o menos, hace un par de horas. Entré aquí para pedirle el diario —miró a Tom—, pero no para leer las historietas cómicas, sino las demandas de empleos. Me despedí la semana pasada de la oficina en que trabajaba.

—Y tampoco encontró a Larkin.

—Me abrió la puerta, y cuando le saludé, le noté un fuerte olor a *whisky*.

—¿Estaba solo?

—Sí... Bueno, ahora que lo recuerdo tardó un poco en abrirme la puerta, pero en el vestíbulo no había nadie.

—¿Entró usted?

—Sí, pero no pasé del umbral. Ralph tomó el diario de la mesa ratona y me lo entregó.

—¿No notó nada extraño?

—Nada, aunque ahora que lo dice usted, parecía preocupado... Le invité a que viniese a mi apartamento para ver un programa de televisión, pero dijo que se disponía a escribir.

—¿Una carta quizá?

—Oh, no, Ralph escribía obras de teatro en su tiempo libre.

—¿Qué sabe de eso?

La joven se pasó la lengua por los labios.

—Bueno, yo no entiendo mucho... Una vez me dio una obra para que la leyese. La encontré un poco complicada, pero le dije que me había gustado mucho.

—¿Recuerda el título de esa obra?

—Era un poco extraño. Se trataba de una señora con nombre raro que pedía siempre *whisky* con soda...

—Electra...

—Eso es.

—¿Fue el único manuscrito que Larkin le dio a leer?

—Sí, señor McKae, el único. El señor Larkin debió comprender que yo no era una buena crítica porque no me volvió a ofrecer su manuscrito, ni yo se lo pedí.

—Pero quizá él le hablaría de su trabajo.

—No. Ralph y yo hablábamos de cualquier cosa menos de su trabajo.

—¿Qué amigos tenía?

—Ralph reunía aquí a mucha gente, pintores, músicos, novelistas...

—Pero entre ellos habría alguno que tendría más amistad con Larkin.

—Sí. Había un pintor, Ben Hill y un trompetista, Joe Rowan. Cuando se reunían, la fiesta duraba hasta muy entrada la madrugada. Cada uno hacía lo que sabía.

—¿Y qué hacían?

—Cantar, bailar o simplemente discutir.

—También habría chicas.

—Oh, sí, pero resultaban muy aburridas y ellos cambiaban de género con bastante frecuencia.

—¿No se dedicó Larkin a ninguna especial? Viola hizo una mueca.

—Sólo a una, pero Ralph la licenció hace unos meses.

—¿Quién era ella?

—Cara Tennant, una pelirroja sin inhibiciones.

—¿Por qué dice que Larkin la licenció?

—Ella venía con frecuencia al apartamento de Ralph para ayudarlo.

—¿En qué le ayudaba?

—Cara escribía a máquina y Larkin le dictaba.

—¿Cuándo ocurrió eso?

—Hace ocho meses, quizá nueve.

—Y acaba de decir que hace dos meses dejaron de verse. ¿Le preguntó Larkin por qué?

—No hace falta. Larkin era de una pasta distinta a la de Cara Tennant. Naturalmente, se cansó de ella y eso fue todo.

—Está bien, Viola, ahora nos tenemos que marchar.

—¿Y qué hago yo con él?

Tom intervino desde el umbral:

—Haga como si no le hubiese visto. Será lo mejor para todos. Si Larkin tenía tantos amigos, ya se llegará alguno por aquí, y que cargue él con el muerto.

Adan chascó la lengua y tomó a Viola por el brazo.

—Escuche, Viola, usted ha venido por el azúcar y le encontró muerto. Es eso lo que contará a la policía.

—Es justo lo que ha ocurrido.

—Pero hay una pequeña diferencia con respecto a la historia verdadera.

—¿Cuál?

—Nosotros no estábamos aquí.

—¿Puedo preguntarle por qué quiere que diga eso?

—Tom y yo no nos hemos llevado bien últimamente con la policía... Nada especial, ¿sabe? Simplemente que cuando uno está en la mala, todo le sale torcido...

—Pero ¿qué pasará con el asesino?

—No se preocupe, Viola. Nosotros nos ocuparemos de él.

—¿Nosotros? —chilló Tom—. ¡Ni lo pienses siquiera!

Adan sonrió a la joven mientras le daba unas palmaditas en el brazo.

—Déjelo todo en nuestras manos, Viola. Pero concédanos diez minutos para alejarnos de la casa.

—Muy bien, Adan... Lo haré todo como usted dice... No sé por qué, tengo confianza en ustedes.

—Muy agradecido. Sabrá noticias nuestras —se dirigió hacia la puerta, pero se detuvo en el camino—. ¿Conoce a un tipo llamado Axel, Viola?

—¿Es el autor teatral?

—Sí.

—No, yo no le conozco, pero he oído hablar de él a Larkin.

—¿Cuándo le oyó hablar de él?

—Ayer. Larkin entró en mi apartamento para devolverme una botella de leche. Eran las ocho y media de la mañana. Le invité a desayunar, pero me dijo que no podía detenerse porque tenía una cita con Axel Stone.

—¿Le contó algo con respecto a esa entrevista?

—Ya no le he vuelto a ver hasta esta tarde y la verdad es que, como ya dije antes, no tuve apenas conversación con él.

—¿Oyó hablar a Larkin alguna vez de una comedia que había escrito, cuyo título es: *El suelo no está seco*?

—No, Adan.

Adan hizo un saludo con la mano y salió del apartamento seguido por Tom. Cuando se encontraron en la calle, Tom soltó una imprecación en voz alta.

—¿Por qué te has enredado en esto, Adan?

Adan le contestó mientras hacía una señal a un taxi.

—Hemos de darnos prisa.

—Así se habla, Adan. Hemos de abandonar la ciudad cuanto antes.

—¿Quién habla de abandonar la ciudad? Vamos a una fiesta por todo lo alto.

—¿Eh?

—¿Es que no lo recuerdas? Estamos invitados al homenaje de Axel Stone —contestó Adan cuando ya estaba dentro del coche.

Tom emitió un gemido y se dejó caer en el respaldo.

CAPÍTULO V

—Eh, ustedes, ¿adónde van? Párense ahí —dijo el hombre que defendía el salón del hotel Skyway, donde se celebraba la fiesta en honor de Axel Stone.

Adan McKae y Tom Winton no tuvieron más remedio que detenerse porque dos forzudos mozos les interrumpían el camino.

El de los ladridos era un fulano que se cubría con un *smoking* y respiraba eficiencia por todos los poros.

—Venimos a la fiesta —dijo Tom.

—Sus invitaciones.

Adam metió las manos en los bolsillos y luego dijo a Tom.

—Eh, chico, ahora recuerdo que te las di a ti. Tom contestó rápidamente sin registrarse.

—Las dejé sobre el piano —luego lanzó una carcajada.

No obtuvo ningún éxito, como cabía esperar. El hombre que respiraba eficiencia arrugó la nariz y los dos fornidos mozos empezaron a abrir y cerrar las manos.

—Salgan de aquí inmediatamente —dijo el que había ordenado que se detuviesen—, a menos que prefieran volar, pájaros.

Tom levantó sus dos puños.

—Apuesto doble contra sencillo a que los que vuelan son ustedes...

—Un poco de calma —intervino Adan en tono conciliador—. Somos invitados personales, del señor Stone. ¿Cuál es su nombre, compañero?

—Archie, caballero —repuso el aludido con sorna—. Pero debo decirle que el señor Stone sabe elegir a sus amigos y estoy seguro de que ustedes no se encuentran entre ellos.

—Le haré masticar cada una de sus palabras —repuso Adan.

—Deja que ese trabajo lo haga yo —dijo Tom y levantó los puños.

Archie se retiró precavidamente al tiempo que hacía una señal a los mozos, los cuales se dispusieron a la pelea.

Tom soltó una carcajada.

—Eh, Adan, esto es lo que yo necesitaba para abrir el apetito.

Uno de los fulanos tiró el puño y Tom lo paró con el pecho, pero no se movió. El otro mozo se había quedado parado.

Entonces, Tom atrapó al primer tipo por el pescuezo y lo levantó en el aire arrojándole sobre el otro. Los dos mozos rodaron por el suelo lanzando juramentos.

Archie bailoteó sobre la baldosa.

—Eh, amigo —dijo Adan—. Tom es inofensivo mientras no le atacan. Aparte a su par de gorilas y déjenos entrar. El señor Stone nos está esperando.

Los dos mozos se levantaron para volver a la carga. En aquel momento se oyó una voz femenina.

—¿Qué pasa aquí, Archie?

Todos quedaron en silencio. La mujer que había hecho la pregunta estaría por los cuarenta años de edad y era esbelta, de cabello rojizo. Su cara poseía belleza y su cuerpo era escultural, con curvas suavemente pronunciadas. Exhibía un abrigo de visón y bajo él un vestido negro de noche.

—Señora Stone —dijo Archie, sonriendo—. El señor Stone me dijo que usted no vendría porque se encontraba enferma.

—Sólo un poco delicada. Archie inclinó más el espinazo.

—Cuánto lo celebro, señora Stone.

La pelirroja observó a Adan, luego a Tom y finalmente otra vez a Adan.

—¿Qué quieren estos caballeros?

—Dijeron que son amigos de su esposo, pero no traen las invitaciones y jamás les vi con el señor Stone. Su esposo me dio órdenes rigurosas con respecto a las personas que iban a concurrir a este acto.

La señora Stone dijo:

—Yo conozco a estos caballeros, Archie. Entrarán conmigo.

Las palabras de la señora Stone produjeron una gran sorpresa entre los dos bandos contendientes, pero Adan lo disimuló muy bien porque era rápido de reflejos. Se acercó a la señora Stone ofreciéndole el brazo.

—¿Me permite, señora Stone?

La señora Stone sonrió levemente y aceptó el brazo. Entraron en el salón. Tom sonrió con jactancia a sus rivales y se apresuró a seguir a su amigo.

La sala ofrecía un brillante aspecto. Allí había reunidas un centenar de personas. Los hombres iban con *smoking* o traje oscuro y las mujeres con vestido de noche. Había una veintena de corros donde se hablaba a voz en grito, gesticulando mucho. Unos bebían, otros comían, pero eso no importaba a algunas parejas que se arrullaban sentados o apoyados en la pared.

Un hombre movía los dedos sobre el teclado de un piano. Daba la impresión de que el instrumento estaba mudo porque no se podía oír una sola nota.

Los mozos se movían por entre los invitados portando grandes bandejas con bebida y comida.

—¿Quién es usted? —preguntó la señora Stone mientras desparramaba la mirada por el salón.

—Adan McKae.

—¿Actor?

—No.

—Entonces, ¿a qué sector de este mundo animal pertenece? —Indudablemente se refería al mundo que estaban observando sus ojos.

—Todavía no me encerraron en el Zoo, señora Stone.

—Entonces, no permita que le capturen. Le enjaularían enseguida.

—Es curioso que diga eso Martha Beckman, una actriz que lo consiguió todo.

—Es posible, Adan, pero no retuve nada.

McKae vio que Tom había detenido a un mozo que portaba una bandeja y estaba atrapando los bocadillos con dos manos.

—¿Quiere comer algo, señora Stone?

—No. Sólo beber y, por favor, llámeme Martha.

—Desde luego, Martha.

Tomó dos copas de una bandeja que le salía al paso y dio una a la actriz.

—Por su talento, Martha —dijo Adan. Ella sonrió.

—¿Cree de veras que lo tengo?

—Seguro. Soy un tipo con mucho ojo clínico.

—Entonces, ¿por qué es amigo de mi esposo?

—No dije que lo fuese. Le conocí esta tarde.

—¿Quizá él prometió algo y es por lo que vino?

—Me llegué para hablarle de su última obra. Tom y yo vimos la representación en su palco.

—Oh, entonces habrán conocido a la encantadora señorita Hilda Flynn.

—¿También sabe eso?

—La gente del teatro tenemos algo que nos diferencia del resto del mundo. No sabemos guardar un secreto.

—En tal caso, estará enterada de lo de Larkin.

—¿Se refiere a Ralph Larkin?

—Sí.

—Mi marido me informó de ello.

—¿Cuándo?

—Ayer.

—¿Usted y su esposo siguen viviendo juntos?

—Desde luego, aunque nos vemos con muy poca frecuencia. Axel regresa a casa muy de madrugada y yo, desde que me retiré

del teatro, descanso como las personas normales. Duermo de noche y vivo de día, si se puede llamar vida a un hastío absoluto. Pero ayer, mi esposo, tuvo la delicadeza de llegarse a mi habitación por la noche cuando se marchaba para darme un beso en la nariz. Fue entonces cuando me contó lo de cierto Larkin.

—¿Qué es lo que le contó?

—Que ese hombre no estaba bien de la cabeza. Larkin decía que la comedia de Axel, *Su delicada esposa*, había sido plagiada de un manuscrito suyo.

—¿Y usted qué opina a ese respecto?

—Que ese Larkin es el hombre más absurdo del mundo. Axel jamás ha plagiado a nadie. Posee una gran inteligencia.

—Sin embargo, su esposo nunca escribió una comedia cómica.

—Eso es cierto, pero ya le dije hace muchos años que debería hacerlo, porque era su verdadera vena. Entre los autores es costumbre ser encasillados. Axel obtuvo un gran éxito con su primera obra dramática. *La limosna sobre la palma de la mano ardiente*. Se sostuvo en cartel durante un año y medio y yo obtuve con ella el premio «Sarah Kleint». Axel obtuvo el de la Asociación de Críticos. Su segunda obra ya fue cómica, pero cuando su empresario Harry Moody la leyó, se llevó las manos a la cabeza. No, Axel Stone, el triunfador de una obra que había conmovido a toda América no podía defraudar a su público. Axel se hundiría irremisiblemente y con él, Moody, los actores y todos cuantos interviniesen en aquella especie de estafa pública. Axel debía escribir otro drama. Así lo hizo y, como si Harry Moody hubiese acertado, esa otra alcanzó un éxito más ruidoso que el de su debut como autor. A partir de entonces, Axel hubo de seguir escribiendo dramas. Cada vez le costaba más trabajo porque su impulso de creación lo llevaba por otros caminos, el de la sátira cómica.

—¿Cuándo escribió Axel *Su delicada esposa*?

—En Italia, durante su último viaje.

—¿Fue usted con él? Martha le miró a los ojos.

—Me temo que usted sabe perfectamente que no le acompañé.

—Disculpe, pero quiero llegar a la verdad.

—Ya entiendo. Usted representa a Larkin.

—Sí.

—¿Es un detective privado, Adan?

—No.

—¿A qué se dedica, entonces?

—He sido muchas cosas, especialmente vendedor de toda clase de artículos. Pero, según mi amigo Tom, mi especialidad es la de mezclarme en líos.

—Un meterruidos.

—Sí, Martha.

—En esta oportunidad creo que ha sido sorprendida su buena fe, Adan. Es cierto que yo no acompañé a mi esposo a Italia. Mi lugar lo ocupó esa cazamaridos. Pero puedo responderle de la integridad de mi esposo desde un punto de vista profesional.

—Usted cree a ciegas en la honradez de su esposo.

—Insisto en que se trata solamente de su honradez como autor.

—¿Por qué Larkin entonces dice que la obra es suya, que es un plagio de su manuscrito *El suelo no está seco*?

—Yo no estoy loca, señor McKae, pero tuve que retirarme del teatro hace cosa de un año, porque estaba destrozada de los nervios... Me puse en manos de un psiquiatra, el doctor Samuel Thompson... Estuve sometida a una cura de reposo en su sanatorio particular. Durante los dos meses que permanecí allí, Samuel me contó muchas cosas de sus pacientes. Entre ellos, había uno que se creía el general Eisenhower; otro que se pasaba las horas desparramando las manos por el aire, como si se encontrase ante un piano. Aseguraba a todo el mundo que era Chopin y que estaba componiendo la *Polonesa*. Entre los enfermos de Thompson no había ninguno que se creyese Shakespeare, pero los había en otros sanatorios... Y ahora, Adan, ¿quiere hacer el favor de llevarme hasta dónde está mi esposo? Le acabo de descubrir al fondo del salón.

Adan miró hacia aquel lugar y vio a Stone que estaba con Hilda Flynn y otros dos hombres.

—Está la cazamaridos, Martha.

—Ya conté con ello desde que decidí acudir a la fiesta. Adan hinchó los pulmones de aire y caminó con Martha.

Axel Stone fue el primero en descubrir a su esposa y su cara palideció ostensiblemente.

—Martha, qué sorpresa —dijo, sin embargo, saliendo a su encuentro.

Los otros dos hombres también se volvieron, pero no así Hilda, que se quedó tiesa, como si la hubiesen puesto en contacto con un cable de alta tensión. Axel se inclinó sobre Martha y la besó en la mejilla.

—Estás preciosa, nena... Ya veo que conoces al señor McKae.

—Nos encontramos por casualidad en la puerta —repuso Adan.

Los otros dos hombres saludaron jovialmente a Martha. Uno de ellos, gordito y de talla media, también la besó en la mejilla.

—Martha, quiero que sepas la noticia cuanto antes. Serás la protagonista de la próxima comedia cómica de Axel.

—Quizá a él no le parezca bien —dijo Martha, mirando a los ojos de su esposo.

—¿Por qué no, querida? Tú eres una gran actriz y las grandes actrices lo pueden hacer todo.

—Qué amable...

—Si Harry tiene confianza en ti, ¿por qué no la he de tener yo? ¿Qué opina el gran crítico de eso?

El otro hombre, un rubio, alto, de rostro bien parecido, bigote recortado y maneras muy suaves, tomó entre las suyas una mano de Martha.

—Estoy seguro de que seré el más feliz de los mortales cuando nuestra primera actriz dramática, Martha Stone, haga brotar de mis ojos lágrimas de hilaridad.

—Hermosa frase —aplaudió Harry.

—Eres muy galante, Jonathan —dijo la joven—. Les presento a un amigo, Adan McKae. Éste es Jonathan Mitchell, el crítico teatral que dice a los habitantes del país lo que es bueno y malo... Y aquí tiene a Harry Moody, nuestro empresario.

Adan cambió un saludo con los dos hombres.

La conversación, a pesar de su jovialidad, era muy violenta para todos ellos, naturalmente debido a la presencia de Hilda Flynn.

—¿Me presentan a la nueva actriz? —dijo Martha.

Era un sarcasmo porque Hilda Flynn no trabajaba en el teatro.

—Hilda —dijo Harry Moody con una risita nerviosa—. Ésta es Martha Beckman.

—La señora Stone —agregó Martha con suavidad.

—¿Dijo actriz? —repuso Hilda Flynn—. Nunca oí hablar de ella.

—¿Quizá porque no aprendió a leer todavía? —retrucó Martha.

—Oh, no, señora Beckman. Ya me enseñó Axel, pero quizá no oí nada de usted porque cuando trabajaba en el teatro yo no había nacido.

Martha hizo un gesto para lanzarse sobre Hilda.

Harry Moody tomó de un brazo a la actriz y el crítico se encargó de la rival. Los dos hombres, entre risas, se llevaron a su presa por caminos opuestos. Sólo quedaron allí Adan y Axel Stone.

—Espero que esto no sea una broma suya, Adan —dijo Axel.

—¿A qué se refiere?

—A haber traído aquí a mi mujer.

—Ella dijo la verdad. Nos encontramos casualmente en la puerta.

—Muy bien. ¿A qué vino, Adan?

—¿No lo recuerda? Usted nos invitó.

—Sí, pero usted rechazó la invitación.

—Lo pensamos mejor.

—No se ande por las ramas. Tenga en cuenta que soy un hombre de mundo. Debo serlo para ser escritor de obras teatrales.

—¿Qué supone, señor Stone?

—Usted fue a hablar con Larkin y, naturalmente, el tema de la conversación giró alrededor de ese condenado manuscrito suyo. Larkin lo convenció de que le plagíé la obra.

—Se equivoca, Stone. Larkin y yo no hablamos.

—Pero confiesa que fue a su apartamento.

—Sí.

—¿De qué hablaron entonces?

—De nada.

—No me hará creer tal cosa.

—Estaba muerto.

—¿Eh?

—Cuando yo llegué allí, Larkin había sido asesinado.

Adan estaba observando atentamente el rostro de Stone. Ahora no palideció pero se quedó con la boca abierta.

—Dígame que no es cierto, maldita sea... Diga que sólo trata de tenderme una trampa.

—¿Por qué iba a tenderle una trampa diciéndole que Larkin ha sido asesinado? Stone se pasó una mano por la cara.

—Estoy aturdido.

—Yo oiría que es algo peor que eso. El comediógrafo entornó los ojos.

—Creo que le comprendo. Está pensando que yo lo he matado.

—¿Por qué no? Tenía motivos, si es que Larkin tenía razón.

—No sé cómo lo soporto, McKae.

—Haga un esfuerzo. Se encuentra en una situación comprometida.

—No diga estupideces, Adan. Voy a admitir por un momento que tuviese un motivo para matar a Larkin. No pude hacerlo.

—¿Quién le dice que no? He llegado a la conclusión de que Larkin fue asesinado mientras se representaba la obra en el teatro Emporium.

—Oh, sí. De modo que usted cree que yo salí del teatro Emporium para ir al apartamento de Larkin.

—Demuéstreme que no lo hizo.

—Debería enviarlo al infierno, Adan, pero lo dejaré para un poco más tarde. Le dije que estuve en el bar de Lorigan con Jonathan Mitchell.

—¿Y se pasó dos horas en el bar de Lorigan?

—No. Sólo cosa de una hora.

—¿Qué hizo durante los otros sesenta minutos?

—Usted no lo creerá, pero estuve paseando.

—¿Por dónde?

—Por las calles.

—¿Encontró a algún conocido?

—No. No encontré a nadie conocido.

—¿Acostumbra a pasear siempre?

—Sólo cuando estoy preocupado.

—¿Y usted lo estaba por Larkin?

—No. No era por Larkin, sino por Hilda y por mi mujer. No sé lo que le habrán contado a usted una y otra.

—Hilda me dijo que usted se iba a divorciar de su mujer para casarse con ella.

—La verdad es que lo decidí demasiado aprisa. Ésa es la clase de preocupación que yo tengo y por la que necesitaba estar a solas, pasear. Ha sido mi costumbre cuando un problema me ha acuciado.

—¿Y lo resolvió ya?

—Sí.

—¿Se va a divorciar de su mujer?

—Me he decidido a hacerlo.

—¿Cuándo le dará la noticia?

—Quizá esta misma noche.

—Ella lo va a sentir mucho. Martha lo quiere.

—¿Qué sabe usted de eso? ¿Saca tal conclusión por lo que ha oído, por lo que acaba de ocurrir entre ellas hace un rato...?

—Sí.

—Es usted ahora quien se equivoca. Es cierto que Martha pretende conservarme a su lado, pero no es porque esté enamorada de mí. Nunca lo estuvo. Nos casamos cuando yo era un hombre

famoso... Hace doce años... Martha sabe que está agotada como actriz, ella es en parte culpable de lo que los críticos consideraron últimamente como fracasos míos. Le aconsejé que se retirase pero ella no me hizo caso. Eso es lo que le pasa a Martha. Se encuentra al margen de ese mundo de halagos, de aplausos, en el que ella ha gustado muchas veces las mieles del triunfo... Martha es la primera en saber que las candilejas se acabaron, que ya no tiene nada que hacer en un escenario y que su barco está naufragando. Pero todavía le queda un salvavidas, algo que la mantendrá a flote.

—Usted.

—Sí, McKae, yo soy ese salvavidas para ella y por eso pretende permanecer agarrada a mí con todas sus fuerzas, mientras pueda...

—Pero ahora usted le va a pegar con el pie en la boca y va a terminar de hundirla.

—No diga eso, Adan. No lo diga.

—Me he limitado a llevar hasta el final su comparación. Stone se apretó el puente de la nariz.

—No tengo la culpa de que ella no me haya sabido comprender.

—¿Qué es lo que tenía que comprender? ¿Que llegaría un día en que usted se cansaría de ella y preferiría una mujer más hermosa, más joven y con más curvas?

Stone empezó a ponerse rojo.

—Creo que ya llegó el momento de que lo envíe al infierno, Adan.

—Es libre de hacerlo.

—Quiero que deje de husmear a mi alrededor.

—Me temo que eso no lo podré hacer.

—¿Por qué no?

—Larkin nos contrató como testigos. Debíamos escuchar lo que él iba a decir esta tarde en su apartamento, señor Stone.

—¿Cuánto les pagó?

—Veinte dólares, a diez por cabeza.

—Está bien. Yo les daré cien a cada uno para que me dejen en paz.

—No, señor Stone. Tom y yo no podemos aceptar su oferta. Nuestro cliente fue asesinado y un deber de fidelidad nos impone descubrir al que lo mató.

—¿Cuánto dinero quiere?

—Nada.

—Déjese de tonterías. ¿Cree que no lo he entendido? Esto es un chantaje. Ponga un precio de una vez, pero no se vaya por las nubes. Soy un hombre rico pero no consentiré que me esquile como una oveja.

—¿Se da cuenta de que lo que está haciendo lo coloca a usted en una situación más comprometida?

—¿Cree que estoy comprando su silencio para que no me acuse porque maté a Larkin?

—Es lo que cabría suponer.

—Pensé que era usted más inteligente, Adan. Lo único que pretendo, al invertir mi dinero, es que no trascienda esa historia acerca del manuscrito de Larkin en relación con mi obra, que actualmente se representa. No ha habido plagio pero, si algunos periódicos llegasen a conocer la calumnia de Larkin, se provocaría un grave escándalo que haría daño a mi reputación y a mi negocio.

—Gracias por sus aclaraciones, señor Stone. Fue una hermosa fiesta.

—No me ha dicho cuánto dinero quiere.

—Nada, señor Stone. No quiero nada.

—Estoy dispuesto a llegar hasta los cinco mil dólares.

—Guárdelos. Imagino que si va a iniciar pronto una demanda de divorcio, tendrá necesidad de su dinero.

—¿Qué va a hacer, McKae?

—Investigaré el crimen de Larkin...

—Y naturalmente, venderá su relato de los hechos a cualquier periodista desaprensivo.

—Puede descansar a ese respecto. No haré uso alguno de mis conocimientos acerca de Larkin y de usted, salvo en el caso de que sirvan para atrapar al asesino...

—En tal caso, deberá guardar un silencio perpetuo porque yo no soy la persona que lo mató.

—Ya veremos —dijo McKae y se alejó de Stone.

Encontró a Tom ante una larga mesa mirando tristemente una bandeja de *sandwichs*.

—¿No comes, Tom?

—Perdí el apetito. Demonios, Adan, he estado pensando en los días que nos hemos pasado sin comer... Y ahora que puedo hincar el diente, resulta que ya no me cabe más... Pero se me ocurre una idea, me llenaré los bolsillos de *sandwichs*.

—No está mal pensado, Tom.

Tom atrapó unos cuantos *sandwichs* que se metió en el bolsillo del pantalón.

Martha Beckman se apartó de un grupo en que se encontraba también el empresario Moody.

—¿Se va ya, Adan?

—Sí, mi amigo y yo tenemos costumbre de acostarnos cuando las gallinas.

—¿Qué le ha dicho mi esposo con respecto a mí?

—Se refirió a que yo haría muy bien el papel de protagonista en su próxima obra cómica.

—Embustero.

—Tuve mucho gusto en conocerla, Martha.

—Por favor, Adan, me encuentro sola...

—Aquí hay mucha gente.

—No haga chistes en este momento. Éste es un mundo en que ya no se me quiere... Todos me siguen sonriendo pero no lo hacen con sinceridad, me rechazan, no me admiten entre ellos... Sólo me queda mi esposo, Adan. ¿Lo oye...? Sólo él... Quiero conservarlo... Ayúdeme usted.

—Pero ¿qué cree que puedo hacer? La joven se mordió el labio inferior.

—Sí, Adan. Tiene razón... Soy una estúpida... No puede hacer nada... No puede.

—Tranquilícese, Martha. ¿Quiere que la lleve a su casa?

—No, Harry Moody se ha ofrecido a llevarme. Martha le dio la mano sonriendo.

—No quisiera verlo la próxima vez en una reunión como ésta...

—Tendré en cuenta su consejo —respondió Adan mientras ella se alejaba.

Tom seguía metiéndose bocadillos en los bolsillos. Un mozo lo miraba con ojos agrandados.

—Eh, usted, ¿cree que está bien hacer eso?

—Tengo doce hijos y al más pequeño lo desteté —repuso Tom —. No sabe lo que es verlos pidiendo pan...

Adan vio al crítico Mitchell y se le acercó.

—¿Dónde se dejó a Hilda?

—Fue al tocador.

—Quería preguntarle su opinión sobre el estreno teatral de hoy, Mitchell.

—Hoy no hubo ningún estreno.

—Bueno, imagino que entonces se largaría a uno de esos teatros de los suburbios. Es lo que ustedes hacen cuando no tienen que hacer crítica en Broadway.

—No, señor McKae. Hoy tampoco fui a los teatros de los suburbios. Parece que tiene mucho interés por saber cómo distribuí mi tiempo y quisiera saber por qué.

—Simple curiosidad por conocer lo que hace un hombre importante.

—No sé lo que pretende, McKae, pero le contestaré para que se marche contento. Estuve en mi apartamento, trabajando en un ensayo sobre crítica teatral. A las seis y media salí de casa y me dirigí al bar de Lorigan, cerca del teatro Emporium, donde permanecí hora y media. Cuando llevaba allí unos veinte minutos, se presentó Axel. Él se sentó a mi mesa y estuvimos hablando de problemas teatrales.

—Debieron hablar poco durante esos diez minutos.

—No fueron diez minutos, sino una hora. ¿Es usted normal o esquizofrénico?

—¿Conoce a Ralph Larkin?

—¿Quién es Ralph Larkin?

—El nuevo bateador que han contratado los Yankees. Mitchell arrugó la nariz.

—Si quiere consultar algo acerca de *base-ball*, vaya a la redacción de mi diario y pregunte por el señor Jager. Es quien lleva la crítica de ese deporte... Quizá me anime a hacerlo. Tengo algunas dudas con respecto al partido que se jugó el mes pasado entre los Yankees y los Tigres.

—Celebraré que mi compañero disipe sus dudas a ese respecto, señor McKae. Pero, por favor, el día que se llegue a la redacción no pregunte por mí. No estaré.

—Sin embargo, tengo la corazonada de que usted y yo nos vamos a ver mucho antes de ese día —dijo Adan.

—Me temo que me producirá un gran disgusto.

—Por si llega a ocurrir, le voy a confesar algo, Mitchell. Me gusta hinchar las narices de los tipos fatuos. Así que, será mejor para usted que cambie el tono cuando hable conmigo, si no quiere sufrir desperfectos.

Adan se dirigió otra vez al lugar donde se encontraba Tom, quien no tenía huecos en el traje para meter *sandwichs*.

—¿Ya cargaste el vagón, muchacho?

—Sí, Adan. Está hasta el borde.

—Vámonos. La fiesta acabó para nosotros.

Salieron de la sala. Archie hizo una mueca viendo las enormes protuberancias que había por todo el cuerpo de Tom.

Adan detuvo a su amigo y le sacó un *sandwich* del bolsillo, el cual introdujo en la boca abierta de Archie.

—No se lo diga a nadie, pero siempre nos preocupamos por los amigos.

Cuando entraron en el ascensor, Archie continuaba con el pan entre los dientes.

CAPÍTULO VI

—Eh, Adan, por aquí no se va al hotel de Miriam.

—No, muchacho. Éste es el camino de Greenwich Village.

—¿Qué infiernos se nos ha perdido en Greenwich Village?

—Quiero hacer unas preguntas.

—¿A quién?

—A unos amigos de Larkin.

—Ya entiendo, quieres hablar con el pintor, el músico y todos los demás.

—Exactamente, Tom.

—Pero, Adan, no puedes hacer eso... Estoy lleno de *sandwichs*, he de descargar en alguna parte.

—Los iremos comiendo poco a poco —dijo Adan y le sacó uno de los emparedados del bolsillo.

—Adan, una voz interior me dice que estamos a punto de ir a parar a la cárcel...

—Dile a tu voz interior que se valle —repuso Adan y pegó un mordisco al *sandwich*.

Poco después se encontraban en Greenwich Village.

Entraron en un bar denominado La Zapatilla. Era una especie de cueva en la que se imitaba el estilo de las de St. Germain-dés-Prés, de París.

También había tipos parecidos a los que se podían haber visto en la ciudad del Sena. Fulanos melenudos y chicas con muy poco

cabello. Muchachas con blusas de botones y chicos con *pulldowners* de colores chillones.

Adan atrapó por el brazo a un mozo de largas patillas.

—¿Vio por aquí a Ben Hill, el pintor?

—No lo conozco.

—¿A Joe Rowan, el trompetista?

—Tampoco sé quién es. Es mi primer día en el trabajo.

—Muy gracioso —dijo Adan y dejó libre al mozo.

Un muchacho provisto de una perilla se acercó a Adan.

—Le he oído preguntar por Ben Hill.

—Seguro, chico.

—El solo viene aquí los martes. Hoy se reúne en La Piel de Todos.

—Gracias, compañero.

—Pero si es un acreedor, no vaya por allí o lo sacarán por la ventana. Tom dejó ver su cabeza.

—¿También a mí, chico?

El muchacho de la perilla miró al grandullón con una sonrisa.

—Acabaron con tipos más grandes que usted.

—¿Dónde está La Piel de Todos? —preguntó Adan.

Su informante le dijo por dónde debían ir y, minutos más tarde, los dos amigos entraban en un lugar muy similar al de La Zapatilla.

La atmósfera estaba llena de humo.

A un lado se alzaba un entarimado y sobre él tres músicos, un pianista, un batería y un tipo que hacía gemir la trompeta. Justamente éste se encontraba interpretando un «solo».

Todas las mesas estaban ocupadas y había gente sentada en el borde del entarimado. Los clientes llevaban el compás como dormidos o amodorrados, haciendo chascar los dedos, cerrados los ojos, en una actitud como si les doliese la tripa.

El trompetista hizo una pausa para hinchar los pulmones de aire y lanzó su agudo sostenido.

Muchos de los oyentes empezaron a estremecerse como anguilas y, cuando la pieza llegó a su final, cayeron en un éxtasis.

Luego todos se pusieron a aplaudir y el trompetista saludó con un aire cansado de perdonavidas.

El del piano ya se había puesto a mover los dedos sobre el teclado y el de la batería hacía sonar su escobilla con suavidad.

—¿Rowan? —dijo Adan, acercándose al de la trompeta.

Éste lo miró con las cejas enarcadas, como hubiese mirado a un molesto insecto que zumbase a su alrededor. Estaba por los treinta años y era alto, de cabello rojizo, muy corto, nariz aguileña y mentón puntiagudo.

—¿A qué Rowan busca? Tengo un hermano en Los Ángeles.

—Al Rowan de Nueva York llamado Joe.

—Soy yo.

—Mi nombre es Adan McKae.

—No continúe, compañero. No puedo pagarle el plazo del frigorífico, de modo que dígame a su patrón que tenga un poco de paciencia. Si hubiese comprendido mi «solo» de trompeta no habría tenido necesidad de acercarse a mí.

—¿Por qué?

—Mi pieza es una llamada a la comunidad entre los hombres.

—Ya entiendo. Fue un grito que le salió de los talones pidiendo que todas las deudas sean perdonadas.

—Algo así.

—Bueno, Rowan. Le perdono la deuda.

—¿Habla en serio?

—Claro que sí, porque no me debe nada.

Rowan, que había empezado a sonreír, se quedó muy serio.

—No me gustan los tipos con un sentido del humor pueblerino, McKae.

—Un día de éstos me dejaré caer por su casa para contarle unos chistes que lo van a partir.

—Sí, amigo. Puede venir cuando quiera, dentro de un año o dos.

—¿Dejamos ya de soltar ingeniosidades? Sólo vine para preguntarle por Ralph Larkin.

—No está aquí.

—¿Tenía que venir?

—No, hoy no.

—¿Cómo lo sabe?

—No me gusta que me hagan preguntas, especialmente los tipos de la policía.

—No soy policía.

—Hay otros fulanos a quienes aborrezco más que a los polis, a los detectives privados.

—Tampoco soy detective privado.

—Dígame que es cocinero del Astoria y que se llegó aquí para que Ralph Larkin le diese la receta de las zanahorias con vinagre.

—No, tampoco esta vez acertó. No soy cocinero del Astoria. Rowan dio un bostezo.

—Bueno, McKae, hay una nena que me está esperando. Espero recuerde nuestra cita para cuando seamos viejos.

Rowan dio media vuelta y se alejó hacia una mesa.

Adan vio que su amigo Tom estaba en una mesa, repartiendo *sandwichs* entre muchachos y muchachas.

—He aquí a uno de los héroes de nuestro tiempo —gritaba uno de los tipos—. Prometo hacerle un poema.

—Y yo un cuadro —dijo una muchacha.

Tom estaba a sus anchas y repartía sonrisas al propio tiempo que los *sandwichs*.

Adan se dirigió a la mesa de Rowan. La chica que lo acompañaba era un bombón de piel bronceada, cabello negro y ojos azules. Se cubría con una blusa roja y una falda negra. Había otro hombre con ellos, un fulano de mejillas chupadas y ojos saltones.

Adan sacó un billete de a dólar y lo puso delante de Me jifias Hundidas.

—Vete a la barra y a ver qué te dan por él.

Mejillas Hundidas atrapó el billete, se levantó moviéndose como un *cow-boy* de película y alejóse.

Adan ocupó la silla libre.

El bombón y Rowan lo estaban mirando. Fue el trompetista quien habló sacudiendo la cabeza.

—No me gusta que haya hecho eso.

—¿El qué?

—Llegarse aquí, dar una propina de a dólar y sentarse con nosotros.

—Rowan, tengo algunas preguntas que hacerle.

—No le contestaré a ninguna.

—¿Por qué pensó que yo podía ser policía cuando le hablé de Larkin?

—Ahueque, McKae.

—¿Por qué, Rowan?

—Lo voy a hacer salir de aquí a puñetazos. Adan dio un suspiro.

—Escuche, Rowan. Soy amigo de Larkin y ahora me interesa todo lo que esté relacionado con él... Vine aquí para que me diese información.

Rowan le tiró el puño derecho, pero Adan estaba preparado y se dobló a un lado.

Rowan falló el golpe y se volcó sobre la mesa. Adan se dio mucha prisa en sujetarlo por el cuello y atraparle el antebrazo haciendo presión con el cuerpo.

Rowan se quedó inmóvil y su cara se contrajo en un rictus de dolor.

—Cuidado... Me va a partir el brazo.

—Debería partírtelo para que la escayola te enseñase a ser un poco más sociable.

—Es la mano que necesito para tocar la trompeta...

—Contesta a mis preguntas y hazlo rápido. No creo que tu hueso aguante mucho.

¿Cuándo hablaste con Larkin?

—Esta tarde alrededor de las seis, pero fue por teléfono.

—¿Quién hizo la llamada a quién?

—Yo disqué el número de Larkin.

—¿Qué querías de él?

—Lo invité a venir aquí, pero me dijo que prefería permanecer en su apartamento porque estaba cansado.

—¿Qué más te dijo?

—Nada. Me despedí de él.

—¿Y qué hiciste luego, Rowan?

—Da la pequeña casualidad de que necesito comer, aunque me contento con hacerlo un par de veces al día. Para tener dinero he de llegarme aquí.

—¿No fuiste a ver a Larkin?

—No.

—Tú conoces bien a Larkin, Rowan...

—Sí.

—¿Desde cuándo?

—Hace cosa de un año y medio... ¡Infiernos, afloje! No lo puedo resistir más...

Adan disminuyó la presión de su cuerpo sobre el antebrazo del trompetista, pero no lo dejó libre.

—Larkin escribe comedias teatrales, ¿verdad, Rowan?

—Cada loco tiene una afición.

—¿Qué sabes de esa chifladura de Larkin?

—Nada. El jamás me ha dejado ver sus manuscritos.

—¿Por qué no? Hemos quedado en que eres su amigo.

—Larkin es un hombre con un gran complejo. Probablemente teme que nosotros critiquemos sus obras. Al fin y al cabo, no ha colocado ninguna... Algunos hemos intentado muchas veces conseguir que nos preste una de sus obras, pero jamás Larkin lo consintió.

—¿Os dijo alguna vez sus títulos?

—No, ya te he dicho que no se refería a eso en absoluto.

—Háblame de Cara Tennant.

¿Quién es Cara Tennant?

Adan apretó más el antebrazo de Rowan y éste hizo rechinar los dientes.

—¿Te refresca eso la memoria, Rowan?

—Hace mucho tiempo que no la veo.

—Así que la conoces.

—Sí, la conozco, pero juré que no hablaría más de ella.

—¿Por qué no?

—Es una cualquiera.

—Ya entiendo. Te rechazó.

—Vete al infierno.

—¿Dónde la encontraste?

—No conozco su dirección.

—Pero al menos sabrás cuál era la última.

—Hace cuatro o cinco meses vivía en el número 34 de la calle Monroe, apartamento C.

—¿Por qué la dejó Larkin?

—Fue ella quien lo dejó a él. Cara es de esa clase de mujeres que se cariñan muy pronto de un hombre. Se lo advertí a Larkin, pero no me quiso oír.

—Quiero charlar con Ben Hill.

—No está aquí.

—Me dijeron que lo encontraría en este lugar.

—Sí, él tenía que venir esta noche, pero esta tarde llamó para decirme que no se encontraba bien y que se quedaría en la cama.

—¿Dónde tiene la cama?

Rowan dio una dirección del propio Greenwich Village.

Adan dejó definitivamente libre a Rowan.

—Maldito seas, McKae. Esto me lo vas a pagar.

Adan miró a la joven de los ojos azules que aún no había abierto la boca.

—Debería elegir mejor sus amigos, nena.

—Lo haré.

Rowan lo miró con ojos cargados de ira.

—¿Es que quieres que te rompa la boca, preciosidad?

—Ponle la mano encima y es cuando te quiebro el hueso sin remedio —repuso Adan. Rowan se levantó bruscamente, miró a los

dos y se alejó hacia el entarimado donde estaban los otros dos músicos.

—Soy Peggy Cloor.

Adan le dijo su nombre y preguntó:

—¿Es siempre así Rowan?

—El se cree muy duro, pero tú has demostrado que no lo es tanto.

—¿A qué hora se presentó esta tarde?

—No empieza a trabajar hasta las nueve.

—¿Cuándo lo viste?

—Llegué tan sólo hace media hora y Rowan ya estaba haciendo sus diabluras con la trompeta. Es para lo único que vale. Será un gran trompetista.

—Si antes no le rompe la cabeza alguien —dijo McKae y se levantó.

—¿Te vas ya? —dijo Peggy haciendo un mohín.

—Tengo que hacer en otra parte.

—Por tu culpa me quedé sin pareja... Adan le pellizcó la barbilla.

—Ya nos veremos. Quizá haya otra oportunidad —se inclinó sobre ella y la besó suavemente en los rojos labios.

Luego, Adan se apartó de la mesa acercándose a la en que se encontraba su amigo.

—¿Terminaste ya con las existencias, Tom?

Los muchachos y las muchachas comían a dos carrillos.

—Vendí los *sandwichs* por tres poesías, cuatro cuadros y una escultura... Han dicho que quizá algún día me expongan en el Museo de Arte Moderno. Es el sitio donde están los tipos que han sido algo.

Uno de los chicos tenía las manos bajo la mesa y ahora las sacó exhibiendo un alambre retorcido.

—Aquí tienes el precio de mis tres *sandwichs*.

—¿Qué es eso?

—Tu escultura, muchacho.

Tom observó detenidamente el alambre retorcido.

—Esto lo será tu padre —exclamó—. ¡Te lo voy a hacer tragar, puerco! Adan lo detuvo.

—No, Tom. No debes hacer eso.

—¿Pero es que no ves cómo me ha dejado?

—Es el arte actual, muchacho.

—¿Vas a decir que yo soy éste?

—Bueno, te ha sacado poco favorecido, pero quizá el muchacho acierte y vayas a parar al Museo de Arte Moderno...

Tom miró una vez más el alambre y lo arrojó al suelo.

—¡Puaf! —Hizo—. Les perdono a todos el precio. Los *sandwichs* fueron un regalo de la casa.

Cuando poco después echaban a andar por la calle, Tom soltaba juramentos contra los artistas que habían despachado sus emparedados.

CAPÍTULO VII

Adan apretó el timbre mientras Tom decía, asomado al hueco de la escalera:

—Infiernos, hemos subido cuatro pisos y parece que escalamos el Everest.

—Es un edificio antiguo y la escalera es muy empinada. De pronto les llegó una voz del interior:

—¿Quién es?

—Le traigo un recado de su amigo Larkin.

—¿De Ralph...? ¿Por qué no vino él?

—No pudo.

—¿Qué es lo que quiere decirme Ralph?

—Abra y lo sabrá.

—Todavía no dijo su nombre.

—Adan McKae.

—No conozco a ningún Adan McKae. Tom intervino:

—¿Quiere que eche la puerta abajo?

—Espera un poco, Tom. Ya te he dicho que este edificio está pasado. Si le pegas un empujón es posible que todo se derrumbe y lleguemos con los cascotes a la calle.

En aquel momento oyeron como se despasaba una cadena al otro lado y la puerta se abrió un poco.

Adan terminó de abrirla.

Ben Hill se cubría con un batín azulado y calzaba zapatillas. Tenía el cabello despeinado, cayéndole algunas greñas por la ancha

frente. Sus ojos eran verdosos y la nariz chata. Adan y Tom entraron en un *living* donde había dos sillones y un sofá que necesitaban urgentemente reponer el tapizado. De las paredes colgaban muchos lienzos y todos ellos eran de pinturas abstractas.

—Demonios —exclamó Tom, señalando uno de los cuadros—. Mi sobrino Peter hizo uno igual que éste cuando tenía cuatro años. Mi cuñado dijo que Peter era un genio pero yo no le creí. Le escribiré un día de éstos para decirle que tiene razón.

—Si ya acabó de decir gracias, quisiera saber por qué están aquí. ¿Qué es lo que tiene que decirme de mi amigo Larkin?

—¿Lo vio hoy, Ben? —inquirió Adan.

—No.

—¿Cuándo habló con él por última vez?

—Fue el último sábado, en su apartamento. Acostumbramos a reunirnos allí algunos amigos.

—¿Pasó aquí toda la tarde?

—Sí.

—¿Por qué, Ben?

—Oiga, no me gusta el interrogatorio.

—No, ¿eh? —dijo Tom y torció la boca—. Quizá conteste mejor si lo llevamos al precinto... Seguro que allí hablará, en una habitación desnuda, bajo una lámpara que le achicharre la cabeza...

—Policía, ¿eh?

Ninguno de los dos amigos dijo nada.

Ben dio unos pasos por la estancia.

—Me levanté esta mañana a las once. Preparé mi almuerzo y después me puse a pintar. Había quedado citado con Joe Rowan, un trompetista, en el local donde trabaja, La Piel de Todos, pero no me encontraba bien, de modo que le hice una llamada telefónica para anunciarle que me quedaría en cama.

—¿Y se quedó, Ben?

—Claro que sí.

—No lo dice muy seguro. ¿Se olvida de algo, Ben?

—Bueno, salí cosa de una hora.

—¿A dónde fue?

—A una biblioteca pública.

—¿A cuál de ellas?

—A la de la Calle 324. Está a unos diez minutos de aquí andando. Pero no pregunten a nadie porque eso no lo podrán comprobar.

—Si fue a la biblioteca pública, quizá pidió algún libro y estará allí el volante que le justifique.

—No pedí ningún libro. No llegué a entrar en la biblioteca. Me quedé sentado en el jardín que hay fuera, en uno de los bancos... No había nadie...

—¿Por qué fue allí precisamente?

—Quise ver salir a una muchacha.

—¿Qué muchacha?

—Una joven que trabaja allí.

—¿Es una amiga?

—No. Nunca he intentado acercarme a ella. La conocí un día que entré en la biblioteca para consultar un libro. Fui tres o cuatro veces más pero luego decidí espaciar mis visitas. Me conformo con verla de lejos.

—De modo que, estaba enfermo y a pesar de eso salió.

—Lo crea usted o no, es así. Vi salir a la muchacha y la seguí durante un par de minutos hasta la parada de autobuses. Ella se fue en uno de los coches y yo regresé aquí.

—¿Qué enfermedad sufre?

—Todavía no lo sé. Me duele el estómago... Quizá sea úlcera.

—Hablemos de Larkin. ¿Cuánto hace que lo conoce?

—Un par de años. Al principio no nos veíamos con mucha frecuencia pero luego nos hicimos bastante amigos. Por favor, ¿quiere decirme de una vez qué es lo que ocurre?

—Larkin ha sido asesinado.

Ben agrandó los ojos.

—Dios mío...

—¿Por qué cree que lo han matado?

—¿Usted no creerá que yo...?

—¿Tenía algún motivo para matarlo?

—Oh, no, Larkin era un buen muchacho... Santo cielo, no me puedo explicar por qué lo han hecho, que alguien haya podido matarlo...

—¿Conocía usted la afición de Larkin a escribir?

—Desde luego. Algunas veces hablamos de ello, aunque Larkin era excesivamente modesto y no quería dar cuenta de su trabajo a nadie.

—¿Conoció usted alguno de sus manuscritos?

—No. Nunca me ofreció ninguno para leerlo. Una vez se lo pedí pero él se negó.

—¿Qué me dice de Cara Tennant? Ben se pellizcó el labio inferior.

—Es una muchacha un poco alocada pero no creo que sea mala persona.

—¿Quién ha dicho que lo sea...? Según me han explicado, Cara Tennant pasó a máquina algún manuscrito de Larkin.

—Sí, me lo dijo Larkin.

—Entonces, ellos debieron ser muy amigos.

—Larkin llegó a pensar en casarse con Cara.

—¿Por qué no lo hizo?

—Rowan, otro amigo de Larkin, y yo, se lo quisimos quitar de la cabeza cuando nos lo anunció. Cara no era una chica recomendable como esposa, pero Ralph no nos hizo caso... De pronto, un día el propio Ralph nos informó que había terminado con Cara.

—¿Cuál fue el motivo?

—No lo dijo.

—¿Habló usted con Cara a ese respecto?

—A los pocos días fui a hablar con Cara en su apartamento. Le pregunté acerca de su ruptura con Ralph y ella me dijo que lo había mandado al infierno porque se había cansado de él... No pude sacarle más.

—¿Qué manuscrito escribió Cara para Ralph Larkin?

—Lo ignoro.

—¿Cuál es la dirección de Cara?

Ben repitió la dirección que Adan había oído en boca de Rowan.

—¿Oyó hablar a Larkin de Axel Stone?

—¿Se refiere al autor teatral?

—Sí.

—No, nunca se refirió a él.

Adan le dio las gracias y se dirigió con Tom hacia la puerta. Cuando salieron del apartamento, Ben estaba en el mismo sitio. Mientras bajaban la escalera, Tom rezongó:

—Me estaban temblando las piernas ahí arriba. Nos hicimos pasar por policías...

—Fue a ti a quien se le ocurrió sugerir lo del precinto.

—¿Por qué no sabré tener la boca cerrada...? Al llegar a la calle, Tom dijo:

—Oye, Adan, abandonemos ahora que todavía es tiempo.

—Hemos de ver a Cara Tennant.

—No, Adan.

—Oye, Tom, la policía nos debe estar pisando los talones.

Recuerda que Viola tenía que darles conocimiento del asesinato de Larkin... Hemos de seguir conservando la ventaja, al menos hasta que veamos a Cara.

Tomaron un taxi y Tom continuó lamentándose por lo bajo.

Entraron en el edificio donde se ubicaba el apartamento de Cara y subieron en el ascensor hasta la quinta planta.

Adan pulsó el botón correspondiente al apartamento c pero no le abrieron.

—Adan, esto me da muy mala espina. Será mejor que nos marchemos. Pero Adan hizo girar el tirador y la puerta obedeció a su impulso.

Tom detuvo a su amigo.

—No entres, Adan. Seguro que ella está muerta.

Pero Adan entró.

En el *living* no había nadie.

—Señorita Tennant —llamó. No hubo respuesta.

Entró en un dormitorio. La cama estaba sin deshacer. No había nada revuelto. De pronto oyó un grito.

Era Tom quien lo había soltado.

Salió del *living* y vio a Tom en el hueco que comunicaba con un cuarto de baño.

Adan corrió al lado de su amigo. En la bañera había una pelirroja. Estaba vestida, inmóvil, apoyada la cabeza contra la superficie blanca.

La habían degollado.

—¡Ya te lo dije, Adan! —gimió Tom con voz temblorosa—. ¡Mi voz interior me dijo que estaba muerta...!

La joven había arrojado mucha sangre por el cuello, pero la herida ya había dejado de manar.

Adan vio un cuchillo entre los pies desnudos de la joven. La hoja estaba manchada de sangre.

—Vámonos, Adan —dijo Tom—. Y esta vez creo que no nos servirá Australia.

En aquel momento oyeron un mudo de pasos en el umbral del apartamento.

Los dos amigos descubrieron a tres hombres de paisano. Uno de ellos tenía una pistola en la mano. Tom conocía al que iba al frente del grupo por haber visto su fotografía alguna vez en los diarios. Era el teniente William Dawson, de la Brigada de Homicidios. Dawson entró en el cuarto de baño, pero sólo dio un paso.

Uno de sus hombres, el de la pistola, asomó la cabeza y miró lo que había en la bañera.

—Bueno, teniente. Esta vez tuvimos suerte. Atrapamos a los carniceros con las manos en la masa.

CAPÍTULO VIII

—¡No tenemos nada que ver con esto! —gritó Tom.

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó el teniente Dawson.
Contestó también Tom porque Adan estaba pensativo:

—Los fontaneros que la señorita Tennant llamó.

—¿Para qué?

—Para que le arreglásemos el grifo.

—¿Qué grifo?

Tom miró en su derredor buscando un grifo que gotease, pero no descubrió ninguno.

—Ya lo arreglamos —dijo triunfalmente.

—Estupendo. Enséñenos la caja de herramientas.

Tom se quedó un instante con la boca abierta y luego sonrió exclamando:

—Yo no necesito herramientas para arreglar un grifo... Observe mis manos... Tengo la fuerza de Hércules en cada dedo.

—¡Basta! —gritó el teniente. Ahora intervino Adan:

—¿Por qué no dejan de dar gritos? No me ayudan nada a reflexionar.

Uno de los hombres que había detrás del teniente Dawson, de cara ancha, ojos separados y frente estrecha, arrugó la nariz.

—Nosotros le llevaremos a un lugar muy silencioso, donde podrá pensar a su gusto.

—Lo siento, amigos, pero no podemos ir con ustedes —dijo Adan.

—No, ¿eh...? ¿Lo oyó, teniente? Estos tipos son un par de caraduras, pero yo sé cómo tratarlos —se introdujo en el cuarto de baño y para entonces ya había atrapado la pistola por el cañón.

—Tenga cuidado con lo que hace, poli —le advirtió Adan—. Conocemos nuestros derechos.

—Maldita sea... ¿Se atreven a hablar de derechos después de haber cometido dos crímenes?

El teniente Dawson, rollizo, de doble papada, ojillos ratoniles, dejó oír su voz ronca:

—Adan McKae y Tom Winton, quedan detenidos en nombre de la ley.

—De modo que sabe nuestros nombres —repuso Adan—. ¿Quién se lo dijo?

—Eso no importa. Ustedes van a confesar.

—No tenemos nada que confesar.

—Mataron a Ralph Larkin y a la pelirroja.

—Vayamos por partes, teniente. ¿Por qué íbamos a matar a Larkin? No lo conocíamos. No sabíamos que ese hombre existía hasta esta tarde.

—Es posible, pero eso ocurre todos los días. Ustedes lo mataron por dinero, por robarle.

—Teniente, no diga eso o echará a perder su historial.

—Tengo una buena hipótesis, teniente —dijo el hombre de la frente estrecha.

—Hable, sargento Weber.

—Son un par de sádicos. Observe cómo mataron a sus víctimas. A Larkin lo estrangularon con un trozo de seda y a esta muchacha la degollaron como una res.

—Pero diga cuál fue el motivo.

—Ya se lo he dicho, teniente. Los asesinos sádicos no tienen aparentemente ningún motivo. Matan por puro placer.

Adan aplaudió.

—Bravo, sargento, usted hará carrera.

El sargento levantó el brazo armado para golpearle coa el cañón, pero Tom lo atrapó por la muñeca y lo aplastó contra la pared.

—Un movimiento más y lo desnucó, sargento. El teniente Dawson hizo rechinar los dientes.

—¡Infiernos, estense quietos los dos! Usted, Winton, deje al sargento Weber.

—Sí, señor, pero este tipo no tiene modales.

Tom se apartó del sargento, el cual hizo una mueca feroz.

—Ya te arreglaré a ti, grandullón. Dawson señaló a Adan.

—¿Cuánto tiempo llevan aquí?

—Sólo llegamos unos minutos antes que ustedes. No nos dio tiempo para registrar.

—Ahí tiene otro cargo, teniente —habló el sargento Weber—. Obstrucción a la justicia.

—No llegamos a obstruir —dijo Adan.

—Venga conmigo, McKae —repuso Dawson—. Y usted, sargento, no vuelva a amenazar al otro detenido.

—Sí, teniente —gruñó el sargento por lo bajo.

Dawson y Adan salieron del cuarto de baño y se fueron a la cocina.

El teniente abrió un frigorífico y sacó del interior una botella de *whisky*.

—Que sean dos —dijo Adan cuando lo vio tomar un solo vaso. El teniente dio un suspiro y escanció en los dos vasos.

Bebieron en silencio.

—Es un buen *whisky* —dijo Adan.

—¿Por qué mataron a Larkin?

—Ya le he dicho que nosotros no lo hicimos.

—No me refería ahora a ustedes, sino a la persona que lo hizo.

—Usted es un profesional, teniente. Si no lo sabe, ¿cómo quiere que lo sepa yo?

—Le estoy invitando a que colabore, Adan.

—Desde ahora puede contar con mi apoyo.

—¡Entonces empiece a hablar, condenación! —Dawson hizo una pausa para beber otro trago—. ¿Qué le parece Viola Gurley?

—Una embustera.

—Deme pruebas.

—Prometió que no hablaría a la policía de nosotros.

—La chica estaba muy asustada cuando la interrogamos y terminó por cantar.

—¿Qué es lo que le dijo?

—Que se había llegado por azúcar al departamento de Larkin y que los encontró a ustedes allí. Eran dos tipos extraños que se comportaron de una forma muy extraña.

—Larkin nos había citado allí para hablar de teatro.

—Déjese de cuentos. Ustedes no son actores ni tienen nada que ver con el teatro.

—Pero siempre me han gustado los escenarios, teniente.

—¡No acabe con mi paciencia, McKae! Antes de llegamos aquí estuvimos hablando también con Joe Rowan y Ben Hill. De modo que los hemos estado siguiendo. Nos dijeron la clase de conversación que usted había sostenido con ellos. Sus preguntas giraron alrededor de un mismo tema, los manuscritos de Larkin. ¿Por qué?

—Tengo un amigo en Apollodoro, Ohio, que dirige un grupo de teatro de cámara. A ellos no les gusta representar autores profesionales. Siempre están a la busca de nuevos valores y pensé ayudarles enviándoles una obra de Larkin.

Dawson entrecerró los ojillos.

—¿Me cree estúpido?

—De ninguna manera, teniente. He leído con atención en los diarios algunos de los casos que usted investigó y siempre lo hizo muy bien. No dudo que en esta ocasión también atrapará a la persona que estranguló a Larkin y degolló a Cara Tennant.

—¡Lárguese, Adan!

—No puedo irme solo. Tom es como un hermano para mí.

—Llévese a su amigo, ¡maldita sea!, y úntense los dos con pez.

El grito del teniente había sido oído en el cuarto de baño porque Tom se apresuró a salir, seguido por el sargento y otro policía.

Tom dio unas palmadas en el brazo del teniente.

—Gracias, amigo, usted llegará lejos.

—¡No soy su amigo, Winton! Usted, Adan, dígame cuál es su domicilio.

—Hotel Kenbrook.

—Será mejor que no salgan de la ciudad.

—No pensábamos hacerlo, teniente.

—Y apártense de todo esto o les juro que los encierro.

—Desde luego, teniente —dijo Adan—. Nos mantendremos tan alejados como lo permitan nuestros pies.

—Hasta nunca, teniente —dijo Tom, levantando una mano.

Los dos amigos salieron del apartamento y guardaron silencio hasta encontrarse en la calle.

—Infiernos, Adan, nos libramos de una buena.

—No nos libramos.

—Pero nos dejaron escapar.

—El teniente sólo nos dio cuerda.

—¿Por qué?

—Es un buen psicólogo y sabe que continuaremos investigando para dar con el asesino. Tom rió.

—Pero no haremos tal cosa.

—Claro que lo haremos.

—No, Adan, por lo que más quieras... Estoy sufriendo del corazón desde que conocimos a Larkin...

—Recuerda lo que te dijo aquel doctor cuando te llevé a él para que te examinase el pecho. No había visto jamás un corazón como el tuyo. Es como un motor de veinticuatro caballos. Son palabras tuyas.

—Supón que el teniente se equivoca y que no darnos con el asesino.

—El teniente espera que el asesino se descubra cuando pretenda acabar con nosotros.

—¿Eh?

—En este caso hay un trozo de sedal, el que sirvió para estrangular a Larkin. Ahora, el teniente quiere hacer de pescador y nos ha colocado en el anzuelo.

—¡Somos el cebo...!

—Exactamente, Tom.

—¡No quiero hacer de gusano!

—Por de pronto nos vamos a descansar. Ya es hora.

—Sí, Adan. Yo también lo necesito.

Un taxi los llevó hasta el hotel Kenbrook.

En el registro estaba la dueña, Miriam, una mujer de cabello rubio teñido que pesaba más de cien kilos y tenía grandes mofletes.

Al ver entrar a Adan y a Tom, hizo un gesto agrio.

—No hay ninguna habitación libre —chilló.

Adan miró el tablero y vio una docena de llaves correspondientes a otras habitaciones desocupadas. Chascó la lengua.

—Miriam, ¿por qué tratas así a tus mejores clientes?

—¿Los mejores...? Me debéis veintiséis dólares con cincuenta centavos. No os alojaréis en mi hotel hasta que liquidéis esa cantidad.

—Un día de éstos vamos a quedar a la par.

—¿Cuántas veces he oído esa frase, Adan McKae?

—Muchas, pero ésta es la última.

—Demuéstralo pagándome los 26,50.

Adan dio un suspiro mientras sacaba el fajo de billetes del bolsillo. No dejó que Miriam lo viese. Apartó un billete de cinco dólares y lo puso delante de Miriam.

—Cinco a cuenta, o nos vamos a otro hotel.

—Dije veintiséis con cincuenta. Miriam enseñó los dientes.

—Chantajista.

—Tú en el fondo nos quieres mucho, Miriam...

Adan dio la vuelta al registro y se apoderó de la llave correspondiente a la habitación número nueve.

—Si yo fuese una buena negociante —dijo Miriam— os mandarí al diablo. Siempre que venís por aquí es porque andáis metidos en uno de vuestros acostumbrados jaleos.

—Esta vez todo marcha bien, Miriam. No tienes por qué preocuparte. Tom y yo nos decidimos por la coexistencia pacífica.

Los dos amigos subieron por la escalera y tomaron posesión de la habitación número nueve.

Tom se apresuró a desnudarse y se metió en la cama, pero Adan invirtió más tiempo en el trabajo porque se había sumido en profundas reflexiones.

—Adan, se me olvidó decirte algo —dijo Tom con voz somnolienta.

—¿El qué?

—Encontré un papelito en el departamento de Cara Tennant.

—¿Un papelito?

—Sí, uno de color rosa. Asomaba por la punta de la alfombra, en el *living*. Tú te habías metido en el dormitorio, de modo que guardé el papel.

—¿Dónde está? —Zarandéó Adan a su amigo.

—Cuidado, Adan, no me despiertes. Lo metí en el bolsillo de la chaqueta.

Adan corrió a la silla donde Tom había puesto la chaqueta. Encontró el papel al que Tom se refería en el bolsillo izquierdo. Era una papeleta de empeño correspondiente al negocio Lo Raro y lo Bonito. Llevaba fecha del día anterior.

Adan se acercó a su cama y guardó el papel debajo de la almohada. Tom ya dormía soltando grandes ronquidos.

Encendió un cigarrillo y también se tendió en la cama. Le ocurría lo, contrario que a Tom. No podía conciliar el sueño.

Pero después de fumar el cigarrillo, empezó a amodorrarse.

Justo en aquel momento sonó la campanilla del teléfono. Alargó la mano y atrapó el auricular.

—¿Sí?

—¿Es usted el listo o el tarugo? —preguntó una voz femenina, pero Adan notó que la persona que había a la otra parte trataba de desfigurar el tono para que no pudiese ser identificada.

—En mi pueblo me llamaban El Inteligente Adan.

—Me gustaría que lo demostrase en esta ocasión.

—Deme una cita y le enseñaré todo lo que sé, pero sólo puedo concederle sesenta minutos. Hay otras en la lista que tienen tanto derecho como usted.

—Lo dejaremos para otro día porque ahora le arrancaría la oreja de un mordisco.

—Sería un juego divertido. Yo no me dejaría...

—¿Hablamos en serio, cerebro?

—Adelante, nena. Quiero conocer también sus habilidades.

—Usted y su amigo mañana a las nueve se dirigirán a la agencia de viajes Werner, en la Calle 62.

—¿Nos van a emplear como maleteros?

—Allí tendrán reservados dos billetes para el avión que sale a las once hacia Los Ángeles. Junto con los billetes recibirán un sobre con mil dólares.

—No me diga que Tom Winton ganó al fin el concurso de la sopa El Gallo Rojo.

—No sea estúpido. Usted sabe perfectamente por qué va a recibir ese premio. Por ahuecar el ala.

—Querida, no me ha convencido, pero quizá haya una posibilidad...

—¿Cuál?

—Que usted y yo charlemos un rato acerca del particular.

—No le conviene hacer eso ni tampoco rechazar mi oferta.

—Fue la más floja que recibí, dulzura. Hubo un tipo que llegó hasta los cinco mil.

—¿Quién?

—Se lo diré si acuerda que nos veamos a la luz de la luna.

—No hay luna esta noche, señor McKae. El cielo está cubierto y creo que muy pronto estallará la tempestad. Está en peligro de que

todos los rayos del cielo caigan sobre su cabeza.

—No se ponga melodramática, dulzura. Parece usted una de esas actrices de teatro que quieren impresionar con palabras y gestos grandilocuentes.

—¡Bastardo!

Adan largó un bostezo por el micro.

—Si no tiene más que agregar, será mejor que los dos nos pongamos a dormir.

—Está jugando usted con su vida y con la de su compañero, señor McKae.

—Eso me da mucho miedo, abuelita... ¿Se la comió al fin el lobo?

—Creo que no va a tener otra oportunidad para arrepentirse, señor McKae.

—Eso ya lo veremos.

—En su pueblo cambiarían de opinión si ahora lo conociesen. Sería El Estúpido Adan. Después de eso, McKae oyó un «clic». La comunicación había quedado interrumpida. Colgó el auricular con mucho cuidado y se dedicó otra vez a fumar porque ahora se había desvelado otra vez.

CAPÍTULO IX

Eran las ocho de la mañana. Los dos amigos bajaron por la escalera. Miriam estaba en el registro, lozana y fresca.

—Conque no estabais metidos en un lío, ¿eh, Adan?

—¿Qué ocurre, Miriam?

—No quiero que volváis por aquí.

—Deberías perder la costumbre de escuchar las conversaciones telefónicas de tus huéspedes —le sonrió Adan y puso la llave en el tablero—. No nos esperes a comer. Volveremos tarde.

—Un día tendré que ir a identificaros a la Morgue.

Tom, para quien la conversación no tenía ningún sentido, dio un respingo.

—Eh, Miriam, yo no quiero ir a la Morgue.

—Díselo a tu amigo Adan. Parece estar muy interesado en conocer los frigoríficos. Adan la obsequió con otra sonrisa y salió del hotel.

Tom tuvo que galopar para alcanzarlo en la acera.

—Adan, ¿es cierto lo que me ha dicho Miriam?

—¿Qué te ha dicho?

—Una fulana te ofreció anoche viaje pagado a Los Ángeles para los dos y mil dólares en efectivo.

—Era una chiflada. ¿Crees que alguien puede regalar algo en nuestros tiempos...?

—Eso es cierto, Adan. No pudo hablarte en serio —se echó a reír—. Esa Miriam se lo cree todo... Es muy ingenua.

Adan dio un suspiro para sus adentros pensando que si Miriam era ingenua, él debería estar todavía en la edad del biberón, pero no se lo dijo a Tom.

Se había apercebido de algo a la salida del hotel. A la otra parte de la acera, un tipo se había puesto en movimiento. No le produjo ninguna sorpresa porque lo esperaba. Naturalmente, el teniente Dawson los había dejado en libertad, pero dedicándoles un tipo para que los vigilase.

—Tom, no te vuelvas, pero nos siguen.

—¿Quién?

—Un poli.

—Si es el sargento Weber le voy a estrellar las narices contra una farola.

—No es el sargento Weber.

—¿Cómo sabes que es un poli?

—No deberías preguntar eso. ¿Fallé alguna vez?

—No, Adan.

—Quiero que me lo quites de encima.

—¿Para qué?

—Tengo una cita con una muchacha y no quiero niñera.

—No te creo, Adan. Seguro que te largas a algún lugar peligroso y no quieres que la policía se entere.

—Tom, en este asunto podemos ganar mucho dinero... ¿Te acuerdas de aquel viaje que te prometí a Miami?

—Pudimos ir pero tú no quisiste.

—No me gustaba tu plan. El *auto-stop* no se ha hecho para mí. Prefiero viajar en coche propio y que cada uno de nosotros tenga una rubia al lado. Ya sabes, hoteles de primera categoría y que nos podamos bañar todos los días en una piscina mirando las lindas chicas que se exhiben en bikini, tumbados en las hamacas, con un vaso de bebida refrescante en la mano mientras nos bronceamos al sol.

—¿Podremos hacer todo eso cuando terminemos con este caso?

—Ya puedes estar seguro de ello, aunque para terminarlo necesito las manos libres. No podré adelantar un paso llevando pegado a mis talones ese poli.

Tom se escupió en las manos.

—Está bien.

—No te he dicho que lo maltrates.

—¿Cómo lo he de hacer entonces?

—Simplemente lo atrapas por un brazo y te pones a discutir con él.

—No se me ocurre ningún tema de discusión.

—No te preocupes. El mismo lo suscitará cuando no lo dejes andar detrás de mí.

—Está bien, Adan. Lo haré por los dos... ¿Dónde quieres que te espere luego?

—Estaré en el restaurante de Chang alrededor de las once y media.

Tom dio media vuelta y se acercó a un tipo que los seguía leyendo un periódico. Adan corrió tras su amigo.

—Eh, Tom; no es ése... Está en la acera de enfrente, detenido frente al escaparate de un bazar, el del traje gris, camisa blanca y corbata con rayas blancas y azules.

Tom sacudió al cabeza y cruzó la calle.

El hombre del traje gris había vuelto la cabeza pero enseguida se puso a mirar otra vez al interior del escaparate.

Adan vio como su amigo lo tomaba del brazo.

Entonces no esperó ya más y echo a correr doblando por la esquina más próxima. Hizo una señal a un taxi y se coló dentro.

Dio al conductor la dirección y veinte minutos más tarde pagaba el importe de la carrera.

Lo Raro y lo Bonito tenía una puerta muy pequeña, provista de una campanilla que sonó cuando Adan le dio impulso.

El interior del negocio estaba sumergido en la penumbra. Por todas partes había cachivaches y al polvo de los siglos se agregaba el del presente, en cantidades industriales.

—¿Qué quiere? —dijo una voz de ultratumba. Adan vio algo que se movía al fondo.

Era un ancianita de cabello blanco y lentes de alta graduación. Se cubría con visera y manguitos.

—Buenos días, abuelo.

El anciano le contestó con un gruñido.

Adan se llegó hasta un mostrador en donde no había un solo espacio libre, ocupado con relojes, candelabros, ceniceros...

Sacó la papeleta de empeño y la alargó al abuelo, el cual la tomó entre sus manos y la estudió detenidamente, como si fuese el valioso sello de una colección.

—Usted no es la persona que hizo el empeño —habló al fin.

—No, señor. No lo soy.

—Lo siento, pero sólo trataré con ella.

—La muchacha se encuentra enferma y me dio la papeleta. No es al portador.

—¿Cuál es el nombre de la muchacha?

—Cara Tennant y yo soy su amigo Ralph.

—Ralph, ¿eh?

—Sí.

—Ella citó ese nombre ocasionalmente. Está bien. Usted tiene razón, no es al portador. Cualquiera puede desempeñarlo, pero no me gustan los enredos.

Adan encendió un cigarrillo.

—Tenga cuidado con el fósforo —dijo el abuelo—. Si lo deja caer, arderá como la yesca. Adan apagó el fósforo con sumo cuidado y lo dejó en un cenicero.

El abuelo agarró rápidamente el fósforo.

—Me lo va a ensuciar.

Lo dejó caer en el suelo y luego se trasladó de lugar agachándose sobre un escritorio en el que había un grueso libro. Manejó algunas hojas y dijo:

—Aquí. Un cofre del siglo XVII. Tendrá que pagarme seis dólares.

—Infiernos, ¿no le parece demasiado?

—Si cree que lo estoy engañando, devuélvale la papeleta a la interesada y que venga ella cuando quiera.

—No se irrite, abuelo, le pagaré sus seis dólares.

El viejo asentó algo en el libro y luego se puso otra vez en movimiento arrastrando los pies sobre el piso.

—Aquí lo tiene —dijo y alargó el cofre a Adan.

No pesaba mucho.

—¿Y la llave?

—Lo trajo cerrado. Ella dijo que la llave se le había perdido. Es raro que no le aclarase ese particular.

—No lo pregunté, abuelo. Sólo lo decía por si se le olvidaba. Gracias por todo y hasta la vista.

El anciano contestó con otro gruñido y Adan salió a la calle.

Necesitaba llegar a un lugar tranquilo donde abrir el cofre. Allí dentro debía estar la clave de todo el misterio. Un hombre y una mujer habían muerto por aquello.

—Hola, chico —oyó de pronto una voz por la derecha.

Vio un coche detenido. El hombre que le hablaba lo hacía por la portezuela, apuntándole con una pistola negra y reluciente.

Adan se había detenido y supo que, si daba un paso más, las balas le harían un pespunte por la parte del riñón.

—¿Cómo le va, amigo? —preguntó.

—Venga acá.

—Tengo mucha prisa ahora. Ya me invitará otro día.

Entonces se abrió la puerta trasera y Adan vio a otro tipo que también tenía un arma, aunque casi la escondía con su gruesa diestra.

—Sé obediente, muchacho.

—Lo seré, compañeros.

—Entra en el coche sin rechistar.

Adan entró en el coche sin cerrar la portezuela y de pronto el hombre que se había ido hacia el fondo del asiento le golpeó con el cañón en la rótula.

Adan dejó caer el cofre en el suelo y fue a revolverse contra el fulano que lo había golpeado, pero éste le hundió el cañón del revólver en el estómago.

Se quedó quieto sintiendo las ondas de dolor que le partían de la rodilla adormeciéndole la pierna.

—Eres un mal educado —ladró el matón—. Cierra esa portezuela. Adan cerró. Seguidamente el vehículo se puso en marcha.

—Dame ese cofre, muchacho —le ordenó el tipo que tenía al lado. Era un hombre tan grande como Tom, de cara deformada que parecía hecho con pegotes de carne.

Adan se agachó para alcanzar el cofre y en ese momento el fulano le golpeó en la cabeza.

Se llamó estúpido por no haber supuesto lo que iba a ocurrir.

Ése era su final. Esta vez Miriam había acertado. La llevarían a la Morgue para que lo identificase. O quizá ni eso sería necesario porque aquellos tipos se encargarían de que no fuese encontrado su cuerpo.

Empezó a incorporarse pensando en que todavía tendría una oportunidad para defenderse, pero otra vez fue cazado y ahora el mundo se convirtió para él en una simple mancha negra, en un espacio infinito en donde sólo existía la nada y un frío aterrador.

Cuando despertó, se encontró en el fondo de una barca, las manos atadas a la espalda. También lo habían trabado por los tobillos.

Miró a su alrededor. El cielo estaba cubierto de nubes, igual que la noche anterior, y eso le hizo recordar la llamada de aquella mujer que quiso disfrazar su voz. Ella le había invitado a que aceptase un viaje con Tom a California y mil dólares en efectivo, pero no había aceptado y eso lo había decidido todo. Y había estallado la tempestad y él había hecho de pararrayos.

Miró en su derredor. La barca era del tipo de las que tenían el motor fuera de bordo, pero allí no había nadie.

Quedó sentado y trató de incorporarse. Lo consiguió a duras penas. Al fin logró apoyar la espalda en la banda de estribor, pero el esfuerzo lo había dejado agotado. La cabeza le dolía como si alguien le hubiese aplicado en la nuca un taladrador.

Vio el mar por un lado y un poco más a la derecha un embarcadero y al fondo una cabaña. Debía encontrarse muy lejos de la ciudad.

Por la izquierda observó un cabo rocoso. La costa era abrupta y las gaviotas anidaban allí por millares.

—Eh, ¿hay alguien? —gritó.

La puerta de la cabaña se abrió dando paso al tipo grandullón que lo había dejado sin sentido. Se detuvo en el porche desperezándose, abriendo la boca en un largo bostezo y luego bajó de allí y se acercó al embarcadero. Se detuvo en el borde mirando al interior de la barca.

—¿Dormiste bien, chico?

—De primera, bastardo.

—Ahora nos vamos a ocupar de ti.

—Ya tenéis lo que queríais, de modo que podéis dejarme en libertad.

—Claro que sí, muy pronto estarás en libertad.

—¿A qué estamos esperando?

—El motor fuera de bordo estaba estropeado. Jim se ha puesto a arreglarlo. Dice que quedará listo dentro de un rato, aunque ya está en la faena desde hace casi una hora. Por eso sigues vivo.

—¿Qué quieres decir?

—Lo que estás pensando. Cuando bajamos del coche te metimos en esa barca para hacer un viaje de placer. Fue entonces cuando Jim quiso poner en marcha el motor pero no le respondió. Ahí lo tienes explicado. Ha sido una lástima porque ni te habrías dado cuenta.

—No puedo creerme que vayáis a hacer una cosa como ésa.

—¿El qué?

—Asesinarme.

El grandullón rió por el tajo de la boca.

—No te vamos a asesinar. Te caerás de la barca.

—Encontrarán mi cuerpo maniatado y la policía sabrá hacer deducciones.

—¿Quién dice que van a encontrar tu cuerpo? A ti no te van a encontrar, muchacho. Desaparecerás en el fondo del mar y los peces harán el resto. Jamás volverás a la superficie.

—¿Qué os he hecho yo para que me tratéis de esa forma? El grandullón bostezó de nuevo.

—Pregúntaselo a Jim. El sabe más que yo de todo esto.

—Tengo hambre.

—Yo también, pero en la cabaña no hay nada de comer. Podrás soportarlo durante un rato. Hasta que acabes.

—¿Tampoco tienes *whisky*?

—Sí, una botella en el coche.

—Bueno, dame un trago.

—Ya beberás agua luego.

—Maldita sea... A todos los condenados a muerte se les da mejor trato que a mí... ¿Te gustaría estar en la antesala de la cámara de gas y que no te diesen siquiera un trago de *whisky*?

El grandote arrugó el ceño meditativo, y luego asintió.

—Corriente, hermano. Te daré el *whisky*, pero deja de gritar o te dejo sin sentido.

—Seré un buen chico.

El tipo dio media vuelta y se alejó del embarcadero.

Adan apretó los maxilares. Había acertado con respecto a su destino final. Lo iban a eliminar sin dejar huella. Seguía vivo gracias a un puro incidente. Si el motor fuera de bordo hubiese funcionado, ya estaría listo.

Vio al grandullón como daba la vuelta a la cabaña porque naturalmente allí debía haber dejado el coche.

Una gaviota sobrevoló la barca lanzando un graznido. Adan se dijo que gustosamente, se habría cambiado por ella.

La vio perderse a lo lejos, entre las rocas de la costa.

Bueno, no podía estarse quieto, tenía que hacer algo.

Se echó a reír porque aquel pensamiento era el más estúpido que se le había ocurrido en su vida. ¿Cómo iba a hacer algo con las manos y los tobillos trabados?

Oyó el golpe de una portezuela procedente de la parte trasera de la cabaña y poco después vio aparecer al grandullón por la esquina. Tenía en la mano derecha una botella de *whisky*.

El fulano se acercó lentamente al embarcadero y bajó por unas escalerillas a la barca. Miró a Adan y se echó a reír.

—¿Cuál es el chiste? —preguntó el joven.

—Nos dijeron que tuviésemos cuidado contigo, que eras un tipo fisto. Hace un rato le decía a Jim que éste ha sido el trabajo más fácil que hemos realizado en nuestra vida.

—¿Cuál es tu nombre, chico?

—Barrie.

—Tengo una proposición que hacerte, Barrie.

—Será mejor que te la calles.

—Está bien. Si no quieres los cincuenta mil dólares peor para ti. Hay tipos que merecen estar en la miseria.

CAPÍTULO X

Barrie desenroscó el tapón de la botella pero no se la alargó a Adan. Bebió un trago. El licor le corrió por la comisura de la boca. Se limpió con el dorso de la otra mano y luego quedóse mirando a McKae.

—Has dicho cincuenta mil dólares...

—Sólo veinticinco mil serían para ti. La otra mitad es la que a mí me corresponde.

—¿A quién esperas engañar con eso?

—Es un paquete de drogas. Se lo limpié a un tipo que la distribuía en algunos locales del Bronx.

—¿Cuándo se la robaste?

—Hace un par de semanas.

—De modo que se la robaste y él te dejó vivir.

—No seas estúpido. Barrie. El no sabe que fui yo.

—¿Dónde está la droga?

—Escondida, naturalmente, pero dame ya ese trago...

Barrie sopesó la botella en la mano, pero tampoco se la dio. De nuevo fue él quien bebió. Ahora tuvo más cuidado y no desperdició una sola gota.

—¿Dónde está el escondite de la droga? —repitió.

—¿Piensas que te lo voy a decir?

—Tendrás que decírmelo si quieres que te eche una mano. Adan rió sacudiendo la cabeza.

—Lo malo que tienen los tipos como tú es que se creen la mar de listos... Sí, Barrie, creéis que podéis estrujar a un tipo como un limón a cambio de nada.

—Podría perdonarte la vida.

—No me basta. Quiero la vida y veinticinco mil dólares.

—No te creo. Juro que no te creo.

—Está bien. Pero dame ese trago de una vez.

Barrie miró el contenido de la botella al trasluz. Finalmente, se acercó a Adan.

—Necesitas el *whisky*, ¿eh, McKae?

—Me gusta como a ti. Y ahora me duele todo el cuerpo... Tus golpes me dejaron molido.

—Abre la boca. Adan abrió la boca.

Entonces Barrie levantó la botella y arrojó un chorro de *whisky* sobre los ojos de Adan. Éste tuvo un presentimiento en el último instante y apartó la cara, pero no pudo evitar que algunas gotas le cayesen en los ojos.

Lanzó un aullido e hizo rechinar los dientes. En esa posición, escuchó la carcajada de Barrie.

El grandullón lo atrajo por el cabello y tiró de él alzándole la cara.

—Abre los ojos —gritó. Adan los mantuvo cerrados.

De pronto oyó un golpe. Abrió los ojos y vio a Barrie esgrimir un trozo de botella por el cuello.

—¿Vas a decirme dónde tienes escondida la droga?

—Déjame libre y te lo diré.

—No, McKae. Soy yo el que impone condiciones. He conocido a tipos que no quisieron dar su brazo a torcer... A todos ellos les di el tratamiento adecuado. Tenías que haber oído lo que decían. Me pedían por favor que les matase.

Adan sintió que la ira le corroía las tripas. Hubiese deseado estar tan sólo un minuto en libertad para responder adecuadamente a su verdugo.

Barrie, como si hubiese adivinado su pensamiento, le dio un tirón del cabello.

—Me odias, ¿verdad, McKae? Estás deseando mi muerte.

—Es posible.

—Pero no hay nadie aquí que te eche una mano... Te tengo en mi poder. Puedo hacer de ti lo que quiera.

—Sí. Eso es cierto.

Barrie acercó los restos de la botella a la cara de Adan y éste vio los agudos cristales muy cerca de su piel.

—Te voy a clavar esto en la cara.

—¿Qué vas a ganar con eso, Barrie?

—Sólo dejaré de hacerlo si me dices dónde está la droga.

Adan escupió una maldición. Su treta sólo había servido para empeorar las cosas. Ahora aquel loco le iba a atormentar antes de destinarlo a los peces.

—Vamos, McKae, ¿qué estás esperando?

—Está bien, Barrie, tú ganas. No existe la droga.

—¿No?

—Sólo fue una trampa que te tendí para que me dejases en libertad.

—De modo que tú eres el chico listo... Sólo eres un estúpido porque no te librarás de ninguna forma.

—Jim ya debe haber arreglado el motor de la lancha.

—Quizá no lo ha arreglado, pero te voy a arreglar yo a ti.

Adan supo que Barrie le clavaría el resto de la botella en la cara. De eso ya no tenía ninguna duda.

Barrie se echó a reír.

—Me gustaría que te vieses las muchachas a quienes hayas podido enamorar en tu vida... Dentro de unos momentos se desmayarían al ver tu cara.

Barrie levantó la mano con que empuñaba los restos del casco.

Adan encogió las piernas y las disparó sobre el bajo vientre de Barrie.

El grandullón lanzó un grito al recibir la terrible coz y se vino hacia adelante.

Entonces, Adan saltó como impulsado por muelles. Sintió que su cabeza chocaba contra la cara de Barrie.

Barrie se derrumbó en la barca y ésta pegó una sacudida y estuvo a punto de zozobrar. Adan estrelló la espalda contra el borde y tuvo que hacer un esfuerzo para no resbalar hacia el agua. Por fortuna, la barca se venció hacia el otro lado y Adan se dejó caer en el fondo para evitar que el próximo vaivén le despidiese.

La lancha continuó moviéndose, pero ya sin peligro.

Barrie estaba en el fondo sin conocimiento. Arrojava abundante sangre por la boca y la nariz.

Los ojos de Adan descubrieron el trozo de la botella.

Rápidamente se tendió sobre ella y se puso a mover las ligaduras de las manos sobre los agudos bordes. Se cortó un par de veces y sintió correr la sangre por su piel, pero eso no interrumpió su trabajo.

De repente, quedó electrizado al oír una voz desde la cabaña:

—Eh, Barrie, ¿dónde estás?

Era Jim, el compañero de Barrie.

Movió aprisa los brazos para dejarlos libres.

—¡Eh, Barrie! —gritó de nuevo Jim—. ¡Ya arreglé la avería del motor! ¡Ayúdame a transportarlo hasta la barca!

Adan sentía resbalar por su cara el sudor.

Estaba realizando un esfuerzo mayor del que podía hacer en aquellos momentos, después del duro castigo que le había impuesto Barrie. Sólo deseaba una cosa, que aquel Jim se entretuviese un poco más en la cabaña. Con un par de minutos quizá le bastaría, pero oyó los pasos del otro verdugo.

—Maldita sea, Barrie, ¿dónde estás?

Desde el porche hasta el borde del embarcadero apenas había unas quince yardas. Jim podía tomar dos caminos para descubrir el paradero de Barrie, el de la barca o el del coche.

—¡Barrie! —llamó—. ¡Contéstame, infiernos! Barrie no le podía responder.

Adan interrumpió su trabajo y dio un tirón para romper las ligaduras, pero comprobó que aún no había cortado bastante.

Jim hablaba ahora para sí mismo.

—Ese maldito está bebiendo... Le dije que no lo hiciese hasta que hubiésemos terminado la faena... Está bebiendo en el coche.

Oyó cómo gemían los peldaños.

Calculó que Jim sólo invertiría treinta segundos en cerciorarse de que Barrie no estaba en el coche y luego no tendría otro sitio dónde ir que a la barca.

Movió febrilmente los brazos. Su respiración se había hecho jadeante. Otra vez le dolía la cabeza y los hombros.

No tendría tiempo para quedar libre. Jim le sorprendería... Ya estaba regresando. Oyó sus pasos en el embarcadero.

De un momento a otro descubriría el cuerpo de Barrie en la lancha. Dio un tirón de las cuerdas y éstas se rompieron.

—¡Barrie! —gritó Jim al ver el cuerpo de su amigo.

Adan alzó la cara y vio a Jim detenido sobre el muelle.

—Has sido tú, ¿eh, McKae? —Movió la mano hacia la axila.

Adan no contaba con más tiempo. Se irguió sobre el borde de la lancha y se arrojó al agua.

Ovó que sonaban varios estampidos. Las balas hicieron un extraño ruido en el agua. Nadó hacia el fondo.

En cuanto saliese a la superficie, Jim le metería una bala.

Dio la vuelta buscando los pivotes que sostenían el embarcadero. El aire había huido ya de sus pulmones. La cabeza le iba a estallar. Vio una raya vertical, negruzca, y braceó hacia ella.

Tragó agua, pero continuó moviendo los brazos. La raya vertical se estaba haciendo más grande. Al fin la tocó con la punta de los dedos y subió dándose impulso. Pensó que antes de llegar arriba perdería el conocimiento. Por fin, sacó la cabeza fuera del agua, respirando a bocanadas.

Oyó los pasos de Jim arriba que se movía y gritaba como un loco.

—¡No escaparás, McKae...! ¡Te tengo acorralado...! ¡Asoma de una vez la cabeza para que te la vuele...!

Antes de que llegase al borde que correspondía al lugar donde se encontraba Adan, éste se hundió de nuevo en el agua.

Por allí no tenía escape. Sólo podía hacer una cosa. Intentar ganar la costa rocosa donde anidaban las gaviotas. Pero primero tenía que quitarse las ligaduras de los tobillos. Se fue hacia el fondo y allí deshizo el nudo. Cuando pudo mover las piernas, regresó a la superficie porque necesitaba una nueva ración de oxígeno.

Se asomó con precaución. Había sentido renacer la esperanza de continuar viviendo.

Jim soltaba imprecaciones, yendo de un lado a otro.

—McKae, sé que estás ahí abajo... Te he oído.

Disparó a través de la madera y una de las balas pasó muy cerca de Adan. Sus conclusiones eran ciertas. Si continuaba allí, Jim le cazaría.

Respiró profundamente y se sumergió de nuevo, pero ahora se alejó del embarcadero buceando hacia la zona rocosa.

Cuando emergió lejos del embarcadero, Jim le saludó con un disparo. La bala golpeó muy lejos, contra las olas.

Jim lanzó una risotada.

—¿Crees que te vas a escapar, McKae...? Saldré a tu encuentro. Sé adónde vas y tengo que darte una mala noticia... No existe ningún camino por ahí.

Adan le vio correr desde el embarcadero hacia la cabaña, pero luego se desvió a la derecha y empezó a saltar por entre las rocas.

Jim siguió andando hacia la costa, y de vez en cuando se detenía mirando a McKae que trepaba por las rocas.

De pronto, el *gángster* desapareció.

Adan se dijo que no podía regresar al embarcadero. El lugar donde ahora se encontraba Jim era un magnífico observatorio y le vería llegar.

Tampoco podía ir de un lado a otro nadando. Y no podía doblar el cabo porque antes de avanzar dos millas quedaría exhausto. Por

añadidura, Jim también le podría seguir por tierra firme.

Sólo tenía una solución. Correr el riesgo de que Jim le cazase.

Siguió nadando tranquilo. No estaba en peor situación que antes, cuando se encontraba en la barca amenazado por Barrie.

Encontró una fuerte corriente con la que tuvo que luchar para no ser arrastrado. Le costó mucho trabajo vencerla y cuando lo consiguió, permaneció un rato flotando sin fuerzas.

Continuaba sin ver a Jim.

Aunó sus energías y braceó con vigor. Finalmente, sus dedos se agarraron a los intersticios de la roca.

Trepó despacio.

Otra vez el frío se había apoderado de su cuerpo y daba diente con diente.

De pronto, oyó las carcajadas de Jim. Alzó la cabeza y le vio sobre una roca, la pistola en la mano, las piernas abiertas en compás.

—Te dije que te atraparía, McKae.

Adan respiró entrecortadamente mientras Jim avanzaba por las rocas, acercándose para no fallar la puntería.

Adan desistió de volver al agua. Estaba demasiado cerca de su asesino y sabía que no escaparía.

Se puso en pie lentamente. Jim era un tipo alto, de cara macilenta, mejillas hundidas y hocico saliente.

—Hiciste una buena faena con Barrie, McKae... No sé cómo pudiste hacerlo, aunque todo queda explicado tratándose de Barrie... Él es un tipo que se fía demasiado de la gente. Se lo he advertido muchas veces, pero es perder el tiempo.

Una gaviota voló por encima de ellos y Adan la miró como había hecho antes en la barca.

Habían transcurrido tan sólo unos minutos desde aquel momento, pero ahora se encontraba en la misma peligrosa coyuntura que antes.

—Anda, ven aquí, McKae... Acércate un poco más. Quiero verte.

Adan le obedeció. Su pie se deslizó por la resbaladiza roca y estuvo a punto de caer, pero alargó la mano y la colocó en el saliente de otro peñasco que emergía del agua.

—Estás sin fuerzas, ¿eh, chico...? Apenas te puedes tener en pie. Adan se fue acercando.

Quedaron a dos pasos.

Los pies de Adan tocaban un trozo de arena, entre dos rocas.

—Ésta será una buena tumba para ti... El agua te arrastrará con la marea, pero antes serás un buen espectáculo para los cangrejos.

Adan vio el negro agujero que le apuntaba al pecho. De un momento a otro se produciría la explosión y una bala saldría lista para segar su vida.

Saltó.

Jim hizo fuego.

Adan comprendió que nunca alcanzaría el cuerpo de Jim. Se había quedado corto al medir la distancia, pero no era realmente eso lo que había ocurrido, sino que se encontraba al borde del agotamiento.

Pero Jim creyó que McKae le alcanzaría y dio un salto al saber que había fallado el disparo.

Su pie golpeó contra la arista de una roca y se desplomó hacia un lado. Lanzó un alarido.

Adan vio a Jim estremeciéndose en el suelo.

Se arrastró hasta él y entonces comprendió lo que había pasado al verle uno de los ojos lleno de sangre. Se había golpeado la sien con una arista de la roca, la cual le había penetrado como una aguja de acero llegándole hasta la órbita. El *gángster* dejó de estremecerse porque había muerto.

CAPÍTULO XI

Adan ya no podía hacer nada por Jim. Atrapó su pistola y se puso en pie encaminándose hacia la cabaña.

Le costó mucho trabajo avanzar, aunque, poco a poco, iba recuperando las fuerzas. Le llegó el lamento desde la lancha y caminó por el embarcadero.

Barrie se movía en el fondo.

Adan bajó la escalerilla y entró en la barca. Barrie le miró con ojos furiosos.

—¿Dónde está Jim?

—Muerto.

—Maldito seas, McKae... ¿Cómo lo pudiste hacer?

—Tuve suerte.

—Tienes un pacto con el diablo. Eso es lo que yo diría.

—Bueno, Barrie, no voy a discutir eso ahora. Vine para preguntarte.

—No sé nada.

—¿Quién os pagaba?

—Debiste preguntar a Jim. Él te lo podría haber dicho.

—Está bien, Barrie, buen viaje —arqueó el dedo en el gatillo.

—¡No me mates! —gritó Barrie—. Te juro que no sé nada respecto al patrón. Jim sólo me dijo que ganábamos doscientos pavos cada uno... Era lo único que contaba para mí.

—¿Dónde está el cofre?

—Jim también se encargó de eso.

Adan apretó el gatillo. La bala rozó la cabeza de Barrie sacando astillas de la banda de babor.

Había tirado a no dar, pero Barrie se llenó de terror.

—¡El cofre está en el coche...!

—Así está mucho mejor. Anda, levántate. Vas a venir conmigo.

—¿Adónde?

—Te entregaré a la policía.

—¡No te he hecho nada y no puedes probar que te quisiéramos matar!

—Ellos se alegrarán mucho de recibarte. Seguro que tienes muchas cosas pendientes. Adan se acercó a su prisionero y atrapándole por un brazo le ayudó a levantarse.

—Dispararé contra ti si intentas algo.

Barrie ya había recibido un aviso cuando Adan disparó contra él, y por otra parte tenía la cara deshecha, de modo que no intentó ninguna jugarreta.

El joven le permitió que se lavase. Ya se le había cortado la hemorragia, aunque toda su cara estaba hinchada por efecto del cabezazo que había recibido.

—Dame el cofre —dijo Adan cuando llegaron al coche.

Barrie se metió en el asiento delantero y se volvió alargándole el cofre. Éste había sido abierto y Adan vio lo que contenía. Un manuscrito. Leyó su título: *El meló no está seco*, por Ralph Larkin.

Cerró otra vez el cofre y dijo:

—Tú conducirás, Barrie. Iremos derechos a la ciudad.

Invirtieron media hora en el recorrido.

Adan ordenó a Barrie que detuviese el coche ante el primer policía que encontró en una calle.

—Salta, Barrie.

—No hagas eso conmigo.

—He dicho que salgas.

Barrie salió por su portezuela. Adan abrió la de su lado y habló al policía que encontró en una calle.

—Eh, oiga, ahí tiene un asesino. Su nombre es Barrie. Seguro que le conoce.

—¿Usted quién es?

—Se lo contaré en otro momento, agente. Ahora tengo trabajo en otra parte. Adan cerró la portezuela de golpe y apretó el pedal del acelerador.

Lo último que vio por el espejo retrovisor fue al policía que ponía una mano sobre el hombro de Barrie.

Estacionó el coche cerca del restaurante de Chang y entró en el establecimiento. Chang le salió al encuentro.

—Está cerrada la cocina, pero te serviré un par de platos.

—No fue por eso por lo que vine, Chang. ¿Se llegó aquí hoy Tom?

—No le vi. Tienes muy mal aspecto, Adan. ¿Qué fue lo que te ocurrió?

—Te contaré la historia otro día. Está bien, Chang. Sírvenme en el reservado número ocho.

Una vez en el reservado, Adan cerró la puerta y sacó el manuscrito del cofre.

Empezó a leer y al cabo de diez minutos interrumpió su trabajo para dar cuenta de los platos de Chang. Después, bebió dos tazas de café y fumó un cigarrillo mientras terminaba de leer el manuscrito. Pagó a Chang el importe de la comida y abandonó el restaurante.

Cuando pulsó el timbre del apartamento de Hilda Flynn, ésta le abrió, hermosa como una estrella de cine, porque se cubría con un vestido de noche muy escotado.

—Hola, cariño —dijo, pasando por su lado.

—¿A quién buscas? ¿A mí o a Stone?

—A él.

—Tardará todavía un poco en llegar —dijo ella, cerrando la puerta. Adan se había detenido dejando el cofre sobre un sillón.

Hilda fue a su lado, le echó los brazos al cuello y le besó fuertemente en la boca.

El la estrechó entre sus brazos porque no estaba acostumbrado a perder oportunidades como aquélla.

—¿Sabes por qué me gustas, Adan?

—Dímelo, nena.

—Porque hueles a mar.

—Quizá me quedó un cangrejo por el bolsillo. La joven rió.

—Tus respuestas son ingeniosas.

—Pero no lo serán tanto como las de un autor teatral que está en la cumbre de la fama.

—Axel es aburrido como un concierto de órgano.

—Te vas a casar con él.

—Sí, pero me gusta decir la verdad.

—¿Seguirás diciéndola cuando seas su mujer?

—No hablemos de eso ahora, Adan.

En aquel momento sonó el timbre de la puerta y Hilda soltó un cómico quejido.

—Podías haber llegado antes o él haberse demorado un poco más.

La joven abrió la puerta y Axel entró en el apartamento. Se detuvo al ver a Adan.

—¿Qué hace usted aquí, McKae?

—Le extraña, ¿verdad?

—Sí, porque ya le dije que me dejase en paz. Pensé que no necesitaba repetírselo. Adan tomó el cofre del sillón y lo abrió extrayendo su contenido.

—¿Sabe lo que es esto, Stone?

—No me importa nada lo que usted pueda hacer.

—Le apuesto a que esto le interesa. Es el manuscrito de *El suelo no está seco*, de Ralph Larkin. La obra que usted ha plagiado en *Mi delicada esposa...*

Stone empezó a perder el color.

—Nena, ¿quieres darme un trago de *whisky*?

—Enseguida, Axel.

—Trae otro vaso para mí —dijo Adan.

Cuando los dos hombres quedaron a solas, Stone dijo:

—¿Dónde encontró eso?

—Usted lo sabe.

—En casa de Larkin.

—No.

—Entonces, no sé nada.

—Lo tenía Cara Tennant.

—¿Quién es Cara Tennant?

—La mujer que degolló.

—Usted está loco.

—Se cargó a Larkin y luego a Cara Tennant. Siempre por lo mismo, por este manuscrito.

—Adan lo levantó en el aire.

Stone se dejó caer en un sillón. Parecía un hombre vencido, como si se hubiese envejecido durante el último minuto.

Hilda salió de la cocina con los dos vasos de *whisky*. Entregó uno a Stone y el otro a Adan.

—Anda, Hilda, baja y espérame en el coche —dijo el autor teatral.

—Prefiero estar aquí.

—He dicho que te marches.

Hilda miró a Adan y éste le hizo un movimiento afirmativo con la cabeza. Entonces la joven dijo algo por lo bajo y salió del apartamento.

Cuando la puerta se hubo cerrado, Axel bebió un largo trago de *whisky*. Después quedóse mirando a McKae.

—Larkin tenía un gran camino por delante —dijo.

—Pero usted se lo interrumpió de la forma más ignominiosa.

—No, McKae. Larkin hubiese llegado de todas formas. Poseía un maravilloso ingenio... Yo le hubiese dado mi apoyo. Sólo debía tener un poco de paciencia.

—¿Le dio usted esas esperanzas a él?

—No, pero pensaba hacerlo más tarde... Yo sólo quería volver a ser un autor famoso... Los críticos, decían que estaba acabado. Me

habría conformado sólo con este éxito.

—Es lo que usted dice. Luego le habría robado el manuscrito a otro autor, si no hubiese tenido a mano a Larkin.

—No diga eso.

—De todas formas, no es mi intención hablar de su futuro como autor. Prefiero hablar de vidas humanas... Ha acabado con dos.

—No, Adan.

—Con la de Larkin y la de Cara Tennant. Y no diga otra vez que no la conoce a ella.

—Es cierto. No sé quién es.

—Una amiga de Larkin. También sabía escribir a máquina. Fue quien mecanografió el manuscrito de *El suelo no está seco*. Larkin se iba a casar con ella, pero hubo discrepancias entre ambos y acordaron separarse. No fue Larkin sólo el que descubrió que la obra de usted, *Su delicada esposa*, era un plagio de la suya. También se informó Cara Tennant... Tuvo que enfrentarse con los dos por separado. Con Larkin y con la mecanógrafa.

—Le repito que se equivoca. Utilizando las palabras de usted, sólo me tuve que enfrentar con Larkin.

—Sería mejor para usted que hiciese una confesión en toda regla.

—Puedo hacérsela a usted, pero a nadie más. La obra de Larkin me pareció muy buena... Yo estaba acabado. Esos condenados críticos tenían esta vez razón. Por eso, cuando leí la obra de Larkin, vi la oportunidad de demostrar al mundo de lo que era capaz. Pero no crea que tomé la decisión así de pronto... lo dudé mucho. Al fin, no tuve duda de que saldría bien. Me informé acerca de Larkin... Era el tipo ideal para hacer lo que ya pretendía. Nadie conocía sus manuscritos. Eso era muy importante. Hay comediógrafos noveles que distribuyen sus manuscritos entre las compañías como si fuesen caramelos. Pero Larkin no era de esa clase, ni siquiera sus amigos habían leído sus obras.

—Es extraño que en su investigación no descubriese que Larkin había dictado la obra a Cara Tennant.

—No llegué tan lejos.

Adan encendió un cigarrillo.

—Pero luego se atrevió a llegar hasta matarle.

Stone sacudió la cabeza mientras se apretaba las manos sobre el estómago.

—¿Cómo quiere que le diga que no tengo nada que ver con la muerte de Larkin ni con la de esa mujer?

—¿Por qué salió, entonces, del teatro?

—Ya se lo dije. Necesitaba estar solo. Y juro que es cierto.

—Está bien, Stone. La policía se ocupará de usted.

—No puede hacer eso... Le pagaré bien, Adan. Pida precio.

—¿Todavía no se dio cuenta anoche de que estaba perdiendo su tiempo...?

—No puede hundirme, McKae.

—Usted ya se hundió en el fango cuando robó la obra de Larkin.

—Quizá no le sirva de nada, pero estoy arrepentido.

—Eso no devolverá la vida a Larkin.

—Lo siento, McKae... Créame que lo siento... Todo esto me ha servido para comprender muchas cosas. Estaba ciego y ahora lo veo claro... He convertido mi vida en un infierno... De acuerdo, McKae. Puede hacer lo que quiera.

Se hizo un silencio en la sala.

—¿Qué espera? —habló de nuevo Stone—. Llame a la policía.

Estoy depuesto a contar toda la historia con respecto a Larkin... Plagié su obra y merezco el desprecio de todos. Pero yo no maté a ese hombre... No, Adan. Llegué muy lejos, pero jamás me habría manchado las manos de sangre... Eso no lo haría nunca, McKae... Ya sé que, tal como están las cosas, nadie me creerá, pero es el castigo que el Destino me impone. Y no crea que estoy hablando ahora como un personaje de mis antiguos dramas, de los que me hicieron famoso, su voz se había tornado ronca.

Tras otra pausa, Adan dijo:

—Hilda le está esperando.

Stone le miró con el ceño fruncido.

—¿Es que no va a llamar a la policía?

—Todavía no.

—¿Por qué?

—Ya le dije que lo más importante para mí es descubrir al asesino de Larkin y Cara. Stone se puso en pie.

—Gracias por creerme —dijo media vuelta y echó a andar lentamente hacia la puerta. Cuando Stone hubo salido, Adan permaneció pensativo un rato. Finalmente buscó en la guía un número y lo marcó en el dial.

Sólo tuvo que esperar unos segundos.

—¿Sí? —dijo una voz femenina.

—Hola, Martha, soy Adan. ¿Puedo ir a hablar con usted?

—Desde luego, Adan. Me hará un favor. Me encuentro muy sola.

—Estaré ahí en media hora.

—Si, Adan.

McKae colgó y seguidamente disco otro número. Era la policía. Pidió hablar con el teniente Dawson.

—¿Quién está ahí? —Oyó la voz de Dawson después que le pasaron la comunicación.

—Adan McKae.

—¿Dónde se metió, McKae?

—Fui de excursión. ¿Tiene a Tom?

—Claro que le tengo.

—Déjele libre.

—Y un cuerno.

—Si no lo hace, dejaré de colaborar con usted.

—¿Colaborar...? ¿De dónde sacó esa palabra, McKae? No forma parte de su diccionario.

—Estoy a punto de atrapar al asesino de Larkin y Cara Tennant.

—Enhorabuena. ¿Quién es?

—No se lo diré. Pero si quiere que siga adelante, ha de soltar a Tom. Dígale que me espere en el restaurante de Chang.

—No haré tal cosa. ¿Cree que me puede dar órdenes?

—Sólo era un ruego, teniente.

—Le voy a dar un consejo, Adan. Preséntese inmediatamente en esta oficina.

—No puedo hacer tal cosa porque acordé una cita para dentro de un rato. Escuche bien, teniente. Si no suelta a Tom, cuando haya descubierto al asesino, daré la primicia a la Prensa.

—No puede jugarme esa sucia faena, McKae.

—Usted sabe que puedo.

—Ésta me la pagará, Adan.

—¿Dejará libre a Tom?

—Corriente, McKae. Pero dígame dónde me puedo ver con usted.

—No se preocupe. No necesito su protección —dijo Adan, y colgó antes de que el teniente empezara a protestar.

CAPÍTULO XII

Martha Beckman, la señora Stone, vivía en una mansión de la Quinta Avenida.

Adan apretó el timbre de la puerta, después de haber subido una larga escalera, y del interior le llegó el sonar de un carillón de tres tonos.

Tuvo que esperar un momento a que la pesada puerta se abriese. En el hueco vio una Martha con diez años menos que la que conoció la noche anterior. Como Hilda, había elegido un vestido de noche negro, muy escotado, que le ceñía señalando la rotundidad de sus caderas y de su busto.

—¿No entra, Adan? —dijo Martha con una sonrisa.

—Me ha dejado de una pieza.

—Acepto su galantería. Ya me dicen muy pocas.

—Debe moverse entre ciegos y mudos —repuso Adan entrando en la casa.

Encanutó los labios y lanzó un silbido al ver el amplio vestíbulo, la araña que pendía del techo y la escalera que se dividía arriba en dos brazos que conducían al piso superior.

—Una hermosa choza.

—La compró Axel hace diez años, durante su mejor época.

—Debe trabajar mucho para quitar el polvo.

—No sea tonto. Tengo tres criados.

—¿Están preparando algo especial para sus invitados?

—Ya le dije que estoy sola. No hay invitados. Cuando usted me anunció su llegada, di a los criados la noche libre.

—Y aún tuvo tiempo para ponerse cautivadora.

—Debo confesarle que tenía la esperanza de que me visitase, Adan. Antes de que usted me hiciese esa llamada casi estaba a punto. Pasé el día en la peluquería y en el instituto de belleza.

—Nunca vi a una mujer que aprovechara tan bien su tiempo.

—¿Quiere seguirme?

—Hasta el fin del mundo.

—Dividiremos el viaje en etapas. La primera termina en la biblioteca.

La biblioteca era enorme. Las paredes estaban cubiertas por estanterías repletas de libros.

Adan pisó una gruesa alfombra en la que se hundió unas pulgadas.

Vio grandes sillones de alto respaldo, una mesa muy historiada al fondo y dos retratos sobre la pared. Uno de ellos era de Axel Stone y el otro de Martha Beckman. Stone estaba grave, con un libro de tragedias de Shakespeare en la diestra. Ella se cubría con una vaporosa túnica, las manos erguidas, los dedos sarmentosos, mirando al cielo.

—Ahí interpretaba *Medea no matará a sus hijos*, una de las obras que Axel escribió expresamente para mí. Con ese papel logré mi mayor éxito.

Martha estaba escanciando *whisky* en dos vasos.

—¿Lo quiere con hielo?

—Lo prefiero solo.

Martha se acercó al joven y éste tomó uno de los vasos.

—¿Ha hablado con su esposo desde anoche?

—Sí.

—¿Vino a verla quizá?

—No. Me hizo una llamada esta mañana.

—¿Con qué objeto?

—Me dijo que me apartase de usted.

—¿Dio la razón?

—Usted estaba investigando el asesinato de Larkin y cree que Axel es el asesino.

—¿No hablaron del otro asesinato?

—¿Otro...? No comprendo.

—Cara Tennant, una chica que hace algún tiempo sostuvo íntimas relaciones con Ralph Larkin.

—Axel no me dijo nada. Es la primera noticia que tengo de la existencia de esa mujer. Adan bebió un trago de *whisky*.

—No sé si me está diciendo la verdad. La mujer levantó la barbilla.

—No le miento, Adan.

—Sin embargo, ya lo hizo una vez. ¿Por qué no hacerlo dos? Martha agrandó los ojos.

—¿A qué mentira se refiere, Adan?

—Dijo que la comedia que su marido representa en el Emporium era original. Aseguró que su esposo no había hecho un plagio de la obra de Larkin... Usted sabía perfectamente que eso era falso, que Axel había cometido un acto deshonesto.

Martha estaba inmóvil como una estatua, aunque Adan se dijo que era la más hermosa estatua que él había visto en su vida.

—¿Cómo ha llegado a esa conclusión, Adan?

—Tengo el manuscrito original de Larkin y lo he leído. Es la misma obra que su marido ha presentado con el título de *Su delicada esposa*.

—No le creo.

Adan sacó el manuscrito del bolsillo interior de la chaqueta. Lo había doblado dos veces para que le cupiese.

Adan lo arrojó sobre la mesa.

—Usted no necesita leerlo, Martha. Ya he dicho antes que estaba al corriente del plagio. Martha respiró profundamente.

—Está bien. Lo sabía.

—Pero usted consintió que él llevase a cabo su plan.

—Quiero a mi esposo.

—Eso no la exime de culpa.

—Quería que él supiese que podía contar conmigo en todas las circunstancias por difíciles que fuesen.

—¿Cuándo supo usted que la obra de Axel era la de Larkin?

—Cuando vino de Italia se presentó aquí y muy contento me dio a leer su comedia. Apenas leí unas páginas, supe que él no podía haber escrito aquello. Siento decirlo, pero era demasiado bueno para ser de él, quiero decir tratándose de un género que él no dominaba. Durante nuestro matrimonio, Axel trató de escribir comedias cómicas. Yo las leía y eran malas. Quizá al principio, cuando todavía no se había convertido en autor trágico, pudo haber seguido ese camino, pero Harry Moody le había impuesto su idea respecto a lo que debía escribir.

—Muy bien. Usted supo que la obra no era de su marido. ¿Qué hizo?

—Se lo dije.

—Le dijo que no creía que *Su delicada esposa*, la hubiese escrito él.

—Exactamente. Se puso muy furioso. Se pasó dos horas hablando, yendo de un lado a otro, bebiendo *whisky*... Estaba cada vez más furioso. Él tenía talento, era capaz de escribir una comedia cómica. Yo le escuchaba en silencio. Al fin ya no pudo sostener más tiempo su farsa y reconoció que no era suya. Me lo explicó todo.

—¿Y cuál fue el consejo que usted le dio?

—Intenté disuadirle. Le dije que no debía hacer nada, que apoyase la obra de Larkin ante Harry Moody, Axel ya tenía un nombre como autor dramático y ahora podía ser considerado como un descubridor de talentos. Seguiría siendo un hombre respetado y hasta cabía la posibilidad de que colaborase con Larkin. Muchos autores, cuando han llegado a dar ya su máximo rendimiento hacen eso, se apoyan en otros escritores más jóvenes, firman las obras como si existiese una colaboración, cuando realmente la obra casi pertenece por entero al autor desconocido... Pero Axel no quiso hablar de ello. No valieron de nada mis palabras. Se había llegado a

obsesionar. Dijo que había variado mucho la obra de Larkin y que los más profundos pensamientos, las frases más ingeniosas eran suyas. No le creí en absoluto.

Martha hizo una pausa para poner su vaso en la bandeja. Luego prosiguió:

—Estaba decidido a estrenarla. Le pregunté qué pasaría si Larkin descubría la superchería, y él me contestó que Larkin no había registrado su obra y que no la había dado a leer a un solo amigo. Había investigado acerca de eso. Además, cabía la posibilidad de que Larkin no se enterase. En el peor de los casos, si eso llegaba a ocurrir, Axel le cerraría la boca con dinero.

—La obra se estrenó y Larkin descubrió el plagio, inmediatamente se puso en contacto con Axel.

—Me informó acerca de todo el mismo día que Larkin habló con él. Axel había negado a Larkin que hubiese plagiado su obra... Estaba muy preocupado. Larkin le había demostrado ser un hombre muy enérgico. Axel no se había atrevido a ofrecerle dinero porque tuvo la impresión de que Larkin se hubiese negado a aceptarle, y eso habría significado por su parte un reconocimiento de que Larkin tenía razón. Le dije que sólo tenía un camino, echar marcha atrás. No quiso seguir oyéndome. Se marchó inmediatamente.

—Usted estaba al corriente de todo lo relacionado con Hilda. ¿Cómo esperaba que revolviese su esposo ese asunto?

—Le comprendo, Adan, y le daré una respuesta sincera. Mi esposo nunca se divorciará de mí.

—¿Por qué está tan segura?

—Axel, en el fondo, sigue queriéndome. Lo de Hilda sólo es una aventura... Sé que Axel volverá a mí... Ha acudido a mi lado cuando surgió el problema de Larkin. Hilda es una mujer absolutamente superficial. Todo este pequeño lío de Larkin ha servido para que Axel comprendiese que puede recuperar la felicidad perdida, pero que sólo la tendrá a mi lado.

—En resumen, usted no quería perderle.

—No, eso es cierto.

—Y estaba dispuesta a hacer cualquier cosa por retenerle. En aquel momento sonó el carillón de la puerta.

—Me dijo que no esperaba a nadie, Martha.

—No, no lo esperaba. No puede ser Axel. El tiene llave.

—Vaya a abrir y saldrá de dudas. Martha salió de la biblioteca.

Adan tomó un cigarrillo de una tabaquera. Lo prendió con la llama de un encendedor de gas que descansaba sobre la mesa.

Oyó pasos y voces y finalmente entró en la biblioteca, Martha seguida por Harry Moody, el empresario de Axel.

—Buenas tardes, señor McKae —dijo Moody y se acercó a Adan tendiéndole la mano. McKae cambió un apretón.

—¿Un vaso de *whisky*, Harry? —dijo Martha.

Harry aceptó el vaso y bebió un trago.

Adan atrapó el manuscrito de la mesa y dijo:

—Celebro que se haya presentado aquí, señor Moody. Quería hacerle una consulta.

—¿Acerca de qué?

—Un amigo mío escribió una comedia y me gustaría conocer su opinión.

—Bueno, déjamela y la leeré el primer rato libre...

—Sólo quiero pedirle que lea la primera página, señor Moody.

—Eso no serviría para formar una opinión acerca de la valía de su amigo como autor teatral.

—Cierta crítico muy importante decía a ese respecto que un autor bueno demuestra su calidad en las cincuenta primeras palabras de su obra.

—Me temo que yo no comparto esa opinión.

—¿Por qué no hace la prueba? —dijo Adan y le alargó el manuscrito. Harry Moody lo alcanzó.

—*El suelo no está seco* —leyó—. No me gusta el título, no es comercial. Ya tiene algo en su contra ese amigo suyo... El título es muy importante... Axel Stone siempre ha sabido ponerlos. Es una de sus buenas cualidades.

—Lea la primera página —insistió Adan. Moody abrió el manuscrito y se puso a leer.

Adan miró a Martha. Estaba junto a la mesa. Su rostro parecía de marfil.

—¿Qué broma es ésta, McKae? —Gruñó Harry.

—¿Qué le pasa, señor Moody?

El empresario de Stone alzó los ojos fijando la mirada en el rostro de Adan.

—Ésta es la comedia de Axel, la que se está representando es mi teatro: *Su delicada esposa*.

CAPÍTULO XIII

—¿Está seguro, Harry? —inquirió Adan.

—Claro que lo estoy. Me la sé de memoria.

—Esa obra fue escrita originalmente por la persona que figura en la portada.

—¿Qué estupidez está diciendo?

—Axel Stone plagió a Ralph Larkin.

—¡No le puedo consentir que diga eso!

—Señora Stone, ¿quiere decirle la verdad al señor Moody? El empresario miró a Martha y ésta asintió con la cabeza.

—Sí, Moody. El señor McKae tiene razón. Moody apretó los maxilares.

—Oiga, Adan, ¿quién más sabe esto?

—Nosotros, aparte de Hilda y Axel.

—Me había dado un gran susto.

—¿De qué modo lo va a arreglar?

—No se preocupe. Usted tendrá su parte.

—No, Moody. Larkin fue asesinado y también una joven que fue su amiga. Esto es competencia de la policía.

—No tenemos nada que ver con esas muertes. Es un asunto económico a resolver entre nosotros.

—¿Sólo económico, Moody?

—Tengo la exclusiva de las obras de Stone. ¿Supone qué ocurriría si el público conociese la historia de *Su delicada esposa*...? Tendría que quitar del cartel la obra y ya puede estar seguro de que

las obras de Stone no volverían a dar un centavo. Sería el hazmerreír del país.

—Desde un punto de vista literario, el nombre de Arel Stone siempre estaría asociado a sus tragedias.

—Pero le repito que pasarían décadas antes de que alguien se atreviese a representar obras de él y, durante los últimos quince años yo sólo he presentado en el teatro obras de Stone. Fui yo quien le sacó del anonimato... ¿Qué culpa tengo de que Axel haya plagiado a ese Larkin?

Moody sacó un pañuelo con el que se limpió el sudor de la cara. Sonrió a Adan.

—Bueno, muchacho. Ya le he dicho que todo se puede resolver.

—Desde luego. Pero lo voy a hacer a mi manera.

—¿A qué manera se refiere?

—La persona que asesinó a Larkin y a Cara Tennant recibirá lo que merece.

—Le repito que eso no es de nuestra incumbencia. Es cuenta de la policía.

—Tiene muchas esperanzas de que la policía no descubra al asesino.

—Oiga, McKae, yo no conozco a Larkin ni a esa mujer. No tengo nada que ver con ellos. Todos los días se cometen crímenes, la página de sucesos de los diarios está llena de homicidios... ¿Quiere que me preocupe por cada una de las personas que mueren violentamente en nuestro país?

—No, pero en este caso debería preocuparse, puesto que es su cuello el que está en juego.

—No le entiendo.

—Usted asesinó a Larkin y a Cara. Moody se quedó sin habla.

—¿Qué dice, McKae?

—Haré la acusación de una forma más concreta. Usted estranguló a Larkin y degolló a Cara Tennant...

—Está chiflado. Completamente chiflado.

—En un principio tenía que sospechar de Axel Stone, pero, cuando él me demostró que era inocente, empecé a pensar en usted. Me llegué aquí esta noche para hablar con Martha. En el momento en que le iba a preguntar acerca de usted, me interrumpió con su aparición.

—Sólo viene para invitar a cenar a Martha.

—No, Moody. Ésa ha sido su excusa. Vino porque usted sabía que yo estaba aquí. Apuesto a que Axel le dijo que me había visto en su casa. Usted me daba por muerto. Contrató a dos matones para que me retirasen de la circulación, a Barrie y a Jim, cuando comprendió que yo era el tipo que podía desenmascararle.

—Me está acusando injustamente. No sabe lo que habla.

—Usted ha contestado a todas mis preguntas, aunque ya tenía una idea acerca de cuáles serían las respuestas.

—¿Qué quiere decir?

—Usted tiene la exclusiva de las obras de Stone, incluido el gran éxito de *Su delicada esposa*. Si Larkin lleva adelante el asunto y demostraba que Stone había plagiado su obra, usted quedaría arruinado. Han sido sus propias palabras. Por eso no podía consentir que Larkin siguiese adelante.

—Oiga, yo no conocía la existencia de Larkin. Puede preguntarle a Axel. ¿Cree usted que habría financiado esa obra si Axel me hubiese confesado lo que había hecho?

—No, no creo que Axel le dijese nada a ese respecto. No podía decírselo, pero hubo alguien que le puso al corriente.

—¿Se refiere al propio Larkin?

—No, apuesto a que vio a Larkin por primera vez cuando le visitó en su apartamento para acabar con él.

—¿Quién es, entonces, la persona que, según usted, me informó sobre todo este caso?

—Cara Tennant, la antigua amiga de Larkin. Moody lanzó una carcajada.

—Martha, este muchacho debe ser internado en un sanatorio mental cuanto antes...

—Cara Tennant había terminado con Larkin, pero ella también se informó de lo del plagio porque conocía el manuscrito de Larkin, puesto que lo había pasado a máquina. Quizá fue al teatro a ver la obra o le bastó leer una de esas críticas en que se explica el argumento de la obra para recordar la que había sido escrita por Larkin. Cara debía ser una chica muy lista y se dio cuenta de sus posibilidades. Visitó a Larkin y le robó el manuscrito. Luego se puso en contacto con usted. El objeto de Cara era hacerle chantaje... Cara quiso asegurarse el manuscrito. Lo metió en un cofre del siglo xvii y lo empeñó... Usted, Moody, sé percató inmediatamente de la envergadura del problema. No podía pagar a Cara. Después de sostener una entrevista con ella se dio cuenta de que aquella muchacha era una insaciable. La obra de Larkin permanecería mucho tiempo en cartel. Cara le pediría dinero constantemente. Por otra parte, debía contar con Larkin, Usted ya estaba advertido y debió informarse de que Larkin había entablado su discusión con Axel Stone. Así las cosas, sólo tenía una solución. Acabar con los dos, con Larkin y con Cara.

Moody sacó una pistola del bolsillo.

Martha lanzó un grito.

—¡No, Harry!

El empresario torció las facciones.

—Este estúpido se complicó la vida.

—Fue usted quien empezó a complicársela cuando se decidió a matar —le corrigió Adan.

—Tenía que hacerlo.

—Harry —dijo Martha en un murmullo.

—Defendía a Axel... ¿Lo oyes, Martha...? ¿Qué habría sido de su nombre?

—Sólo se defendía a sí mismo —repuso Adan.

—Maldita sea... ¿Por qué se tuvo que meter en esto? Usted no pertenece a nuestro mundo... Ahora tengo que matarle.

—No lo hagas, Harry.

—Lo siento, Martha, pero es la única solución. Ya estoy metido hasta el cuello en esto. De pronto les llegó una voz desde la puerta:

—No dispaes, Harry.

Todos miraron hacia allí. El que acababa de hablar era Axel Stone.

—¿A qué has venido aquí? —preguntó Harry.

—Me aburría mucho con Hilda, y de pronto pensé que mi sitio estaba en otra parte, junto a Martha.

—¡Axel! —exclamó Martha y echó a correr hacia Stone. Axel la acogió entre sus brazos y la besó...

—No creas que me emocionas con tu arrepentimiento —afirmó Harry Moody. Axel apartó a Martha.

—Deja esa pistola, Harry.

—¿Es que no sabes lo que hice?

—Sí. Lo he oído a través de la puerta. Mataste a Larkin y Cara.

—¿Y por quién crees que los maté, Axel?

—Por tu negocio.

—No, Axel. Fue por ti.

—Me considero culpable porque yo he sido la persona que ha puesto en marcha la máquina que ha terminado con dos crímenes, aunque no haya sido el autor material de ellos... Cada cual cargará con su culpa.

—Qué hermosas palabras para una de tus tragedias... ¿Es que crees que soy tonto? A ti, por plagiar esa obra, apenas se te impondrá un castigo.

—¿Crees que no será un castigo el ser despreciado por todo el país? Me esperan unos años terribles, pero estoy dispuesto a hacer frente a la situación.

—Yo no. ¿Y sabes por qué, Axel? Maté a dos personas y para mí es la silla eléctrica.

Axel echó a andar hacia Moody.

—Dame esa pistola. Moody apretó el gatillo.

Stone recibió la bala en el estómago y se detuvo soltando un gemido.

Adan saltó sobre Moody.

El empresario había empezado a volverse para hacer de nuevo uso del arma, pero Adan estaba demasiado cerca de él.

Desvió la mano armada con la izquierda y conectó la derecha en el maxilar inferior de Moody.

El empresario se derrumbó sin conocimiento. Axel también había caído sobre la alfombra.

—¡Axel...! —gritó Martha que había quedado paralizada desde que se produjo el disparo.

Corrió al lado de su esposo y se puso de rodillas ante él.

Axel abrió los ojos y sonrió.

—Perdóname, Martha... Estuve ciego... Y ahora, ya es demasiado tarde... Dobló la cabeza expirando.

Martha lanzó un grito y se echó sobre el pecho de Stone.

Adan descolgó el auricular y disco el número de la policía.

* * *

—¿Quién te hizo la oferta de los mil dólares y el viaje a California? —preguntó Tom Winton.

—Hilda Flynn —contestó Adan McKae—. Disfrazó su voz, pero no lo suficiente...

Tom sonrió mirando el cheque que tenía en la mano. Era por cinco mil dólares y le había sido entregado a Adan por la viuda de Axel Stone.

—Demonios, Adan, al fin vamos a ver nuestro sueño realizado... Miami, hoteles de primera categoría, muchachas en bikini...

Acababan de salir del restaurante de Chang y se había detenido en la puerta.

De pronto, un coche llegó zumbando y se detuvo junto al bordillo de la acera. Era un convertible y en el asiento delantero había dos muchachas. La que manejaba el volante agitó el brazo hacia los dos amigos.

—Hola, chicos —saludó con una sonrisa.

—¿Las conocemos, Adan? —dijo Tom asombrado al ver que la otra también les saludaba.

—Te hablé también de una rubia para cada uno. Tom miró el cabello de las muchachas.

—Infiernos, es cierto. ¡Dos rubias...! Pero ¿de dónde las sacaste, Adan?

—Ha sido completamente casual. Son Nancy y Della Larkin.

—¿Larkin?

—Sobrinas de Ralph... Las herederas de todos los derechos de *Su delicada esposa*. La señora Stone renunció expresamente en favor de ellas. Nancy y Della están tan satisfechas con nuestra actuación que quieren ir a Miami con nosotros.

—¡Adan! ¿Qué estamos esperando?

—Es lo que digo yo —repuso Adan, y los dos amigos echaron a correr hacia el convertible.

FIN